

ALINA COVALSCHI



Soñando con el demonio

ABRAZANDO LA OSCURIDAD II



Romance **Lectulandia**

Soñando con el demonio

Un ángel con poderes demoníacos
y un demonio con sentimientos puros

Alina Covalschi

*A vosotros,
lectores y amigos.*

ALMAS CONDENADAS

La música explotaba a todo volumen de los altavoces y las luces brillantes cegaban mis ojos. Había personas ebrias bailando eufóricas a mi alrededor, sin embargo, no les hice caso. Empezaba a sentirme mareada, nunca había estado en un lugar tan sofocante. Mis párpados se apretaron con fuerza. La ansiedad se arremolinaba en la boca de mi estómago como un huracán.

—Este lugar no me gusta. —Abrí los ojos de golpe y le di un pequeño empujón a Sheila con mi hombro—. Me voy.

—Espera, Vivian. —Tiró de mi brazo, pero apenas consiguió mover mi cuerpo.

Mis poderes se habían incrementado, tanto que se habían apoderado de mi cuerpo por completo. Desde que me había ido de casa, los sueños se habían vuelto aterradores y más reales. Había huido sin mirar atrás. Había abandonado a mi madre y a mis amigos para encontrar otro rumbo.

Tenía quince años cuando me fui, sin embargo, no había estado sola. En la estación de trenes había encontrado a Sheila, una chica muy peculiar que se había convertido en mi mejor amiga.

Por las noches soñaba con mi madre llamándome para que regresara a casa. Estaba sufriendo, podía sentirlo, pero no quería hacer lo que ella me pedía. Me negaba a creer que yo era especial y que por mis venas corría sangre de demonio.

Llevaba más de veinte años ayudando a todos los humanos que perdían sus almas y cada vez se me hacía más imposible. Los otros demonios me derrotaban en el sueño y terminaba llorando con lágrimas de sangre. Eran sueños de tránsito y veía con detalles como las personas morían.

Sheila miró fijamente los dedos que resbalaban en mi brazo y cerró los ojos.

—Tienes que volver a tu casa, Vivian. Seguramente tu madre sabe...

—No voy a volver a ese lugar. Ella quiere que haga cosas raras. —Me sequé la frente de sudor y miré a mi alrededor.

La gente bailaba y gritaba sin parar. Me gustaba salir de fiesta con Sheila, pero ese club tenía algo que no me gustaba. Me sentía vigilada.

—No voy a insistir más —dijo, soltando un bufido—. Pero quédate un ratito más.

Hay un chico muy guapo que me hace ojitos.

—Está bien. Me quedo una hora más. —Miré su escote amplio y gruñí—. Seguramente es por cómo vas vestida.

—Eh, a mí me gusta vestirme así.

—Vas muy provocativa, Sheila. Todos están babeando.

—¿Y cómo quieres que me vista? —Se molestó y se alejó—. ¿Cómo una monja? Tengo veinte años y quiero vivir la vida.

—Haz lo que quieras. Voy a por algo de beber y si en una hora no apareces, me voy.

Retrocedí y choqué con un cuerpo duro. Un líquido frío se derramó por mi cuello y bajó por debajo de mi camiseta con lentitud. Mojó mi sujetador y mis pezones se volvieron sensibles. Me estremecí de los pies a la cabeza y grité horrorizada.

—¡Idiota! —La palabra salió disparada de mi boca y, cuando giré la cabeza para mirarlo, me congelé.

Sus ojos recorrieron mi rostro en cámara lenta y dejó caer su copa al suelo. En un instante, todo dejó de moverse, todos se habían quedado de piedra.

Solo respiraba él y yo.

—Vivian... —Parpadeó después de reconocermelo.

—Chad... —Mis labios susurraron su nombre y sentí una fuerte presión en mi pecho.

Agaché la mirada y vi como el colgante que mi madre me había regalado brillaba.

—Por fin te encuentro. —Su voz era ligera—. Tienes que venir conmigo.

—No te acerques. —Levanté una mano en el aire—. No quiero saber nada de ti.

—Vivian, tu madre está en peligro.

Fruncí el ceño y leí sus pensamientos. Tenía razón, mi madre estaba encerrada en una especie de cueva.

—Así, es. —Se acercó un poco más—. A tu madre se la llevaron hace más de dos meses y mis padres no encuentran la manera de rescatarla. Solo alguien como tú podría, solo alguien que puede viajar al Inframundo a través de los sueños.

—Yo no quiero saber nada. No soy lo que vosotros pensáis. —Apreté los puños—. Soy un humano, cómo los demás.

—No es verdad y lo sabes. Hace unos segundos leíste mis pensamientos y seguramente tus poderes han aumentado. —Dio un paso hacia delante y chasqueó los

dedos.

Mis ojos no podían creer lo que había pasado.

—¿Dónde estoy? —Rechiné los dientes como gesto de frustración—. ¿Qué hiciste?

—Estamos en mi casa —contestó con tranquilidad y se quitó la chaqueta de cuero—. Necesito enseñarte algo.

—Quiero volver con mi amiga —ordené con voz entrecortada—. No puedes hacer esto.

—Tranquila, Vivian. Tu amiga está ocupada con otras cosas y solo estarás ausente una hora. —Sonrió y por primera vez me fijé en su rostro.

Habían pasado más de cincuenta años y, aunque había cambiado mucho, podía reconocerlo en cualquier lugar. Por las noches soñaba con su rostro y con su muerte.

—Sé perfectamente cómo son tus sueños, Vivian, y créeme que los puedes cambiar. —Me contempló en silencio—. Tienes en tus manos el poder de cambiar el destino de los demonios. Solo tú.

—No quiero. Me niego.

—Tu madre moriría. —Pasó la lengua lentamente por sus labios—. ¿Quieres eso?

—No, no quiero que muera. —Permanecí en silencio, confusa.

Una señal de advertencia me llegó de lo más profundo de mi subconsciente. No había sentido nunca nada igual y no recordaba haber estado nunca tan cerca de nadie. Nos separaba una distancia muy corta y el brillo de sus ojos me tenía hipnotizada.

—Eres hermosa y tus ojos... —Alargó una mano y apartó el flequillo que cubría mi frente—, tus ojos son únicos. Esconden un mundo muy bonito e inspiran a mirar más allá del cielo. Los veo todas las noches y siento una impotencia enorme cuando las lágrimas de sangre los manchan.

Sus dedos acariciaron mi mejilla suavemente y mis párpados se cerraron. Su voz y sus caricias me tenían a su merced. Me maldije al sentir mi corazón acelerado como la de una adolescente inexperta.

—Abre los ojos. No te dejes llevar por mis poderes —susurró.

Lo hice y lo primero que vi fueron sus ojos color sangre, luego sus labios apetecibles susurrando mi nombre. Sus palabras sonaron tan apacibles que mi corazón dio un vuelco.

—Heredé de mi padre este poder y no quiero que pierdas la voluntad conmigo.

Lo miré y, por un momento, nuestros ojos se encontraron y chocaron.

—No lo haré —dije casi con enfado—. ¿Qué era lo que querías enseñarme?

—Ven conmigo. —Estiró una mano.

Agarré su mano y un calor abrasador recorrió mi brazo. Él me abrumaba y ahuyentaba cualquier pensamiento racional de mi mente.

—Estás temblando —murmuró—. ¿Tienes miedo? Sabes que nunca te haría daño. Sujeto con firmeza mi mano y se paró delante de una puerta.

—No tengo miedo, pero no te conozco y...

—Me conoces mejor que nadie, Vivian. —Abrió la puerta—. Solo que tu mente se empeña en no recordar los demás sueños.

—¿Qué sueños? —Lo miré extrañada.

—Poco a poco los vas a recordar. —Sonrió—. Yo mismo me encargaré de que así sea. Ahora quiero que veas algo muy importante para ti y para tu madre.

CARICIAS Y RECUERDOS

Trataba de concentrarme en mis pasos para ahuyentar cualquier pensamiento cenizo. Era demasiado consciente del hombre que caminaba a mi lado.

Un incómodo sentimiento hizo que los vellos de mi brazo se erizaran. Era una mezcla de miedo y amor, algo que me hizo temblar.

Después de haber cruzado el umbral, Chad se apartó y dejó a la vista una jaula hecha de enrejados metálicos. La puerta estaba cerrada con dos anillos de fuego brillantes y el techo estaba formado con nubes negras y grises.

—¿Una jaula? —Tras pronunciar la pregunta, me volví hacia él.

—Mira con atención y concéntrate —susurró y colocó una mano en mi hombro.

Mis ojos se posaron de nuevo en la jaula y fruncí el ceño ligeramente. Una neblina blanca cubrió mis pupilas y retrocedí asustada cuando vi que había alguien dentro. Estaba de espaldas y murmuraba algo indescifrable.

—¿Quién es? —pregunté, tratando de controlar mi voz temblorosa—. ¿Por qué está encerrado?

—Es un guardián del Inframundo. Él nos ayudará a salvar a tu madre. Sola no puedes. —Sentí su mano acariciando mi hombro desnudo y cerré los ojos.

Sus caricias me hicieron recordar algo.

—*¿Por qué estamos aquí, Chad? —Lo miraba con mucho cariño—. Cada vez que nos encontramos, me llevas a un lugar.*

—*¿No te gusta?*

—*Me encanta. —Le sonreí de lado—. Me encantas tú.*

—*Sabes que siento lo mismo. —Alargó una mano y acarició mi cuello—. Es una pena que solo podemos vernos a través de tus sueños. Me gustaría tocarte de verdad, besarte de verdad...*

—Recordaste algo, ¿verdad? —Tocó mi brazo.

—Eh, sí, pero no entiendo nada. —Sacudí la cabeza.

—Poco a poco. —Su voz sonó acalorada—. Y con mi ayuda recordarás todo.

—Parece que en los sueños nos... —Bajé la vista.

—Nos amamos. —Concluyó la frase y se acercó a la jaula.

Sacó una pequeña navaja dorada de su bolsillo y golpeó la puerta de jaula. El hombre dejó de murmurar y empezó a golpear su espalda contra las rejas.

—Mmmm... Un demonio celestial... —Giró la cabeza con lentitud.

Di un salto cuando vi su rostro deformado y pálido. Era un ser espantoso con mejillas caídas y nariz grande. Sus ojos contaban una historia sangrienta y recordé todos los sueños que había vivido intensamente durante las noches de luna llena.

Me estremecí violentamente cuando el aire a mi alrededor se hizo gélido y traté de mantenerme firme. Sentía una fuerte conexión con los pensamientos de ese hombre; estaba atrapada en su cabeza. Un fuerte ardor comenzó a llenar mi pecho y hacía cosquillas con pequeñas astillas afiladas. Luego vi ángeles riendo, llorando y materializándose a mi alrededor. Me perdí en la euforia de aquellas hermosas imágenes y me llené de felicidad.

—Este es el cielo, un lugar único. El espacio donde el alma habita una vez que ha sido expulsada de su cuerpo —dijo el hombre—. Un sueño magnífico, es el paraíso para los demonios.

Luego los ángeles empezaron a desaparecer, gritar y sangrar. Esa maravillosa escena fue destruida por fuerzas demoníacas en menos de dos segundos. Apreté los ojos y luché por el dolor agonizante. Me quedé allí inmóvil, mientras el miedo y el dolor atormentaban mi cuerpo.

—Son demonios, como vosotros dos.

Sentí una mano pesada en mi hombro y todo desapareció.

—No le hagas caso, Vivian —susurró Chad—. Althal nos odia. Abigor, el duque de los infiernos, lo dejó así.

—¿Abigor? —pregunté bruscamente.

—Él tiene a tu madre. Es fuerte, manda unas sesenta legiones infernales y cabalga sobre un monstruo alado —explicó Chad y me agarró por la cintura para alejarme de la jaula.

—Creo que lo vi... —dije, titubeante—. En mis sueños, alguien me golpea desde el aire y... —Negué con la cabeza—, no puede ser.

—¿Qué pasa? —Se volvió hacia mí con una expresión preocupada en su rostro.

—Es él, es Abigor quien me mata en los sueños.

—Entonces puedes decirle adiós a este mundo —dijo el hombre riendo.

Chad abrió la puerta y tiró de mi brazo para sacarme fuera de la habitación.

—Tenemos un problema. —La voz de Chad sonó muy grave—. Él te quiere a ti, sabe que puedes destruir todo lo que levantó y construyó durante estos años.

—Por eso tiene a mi madre.

—Necesitamos la ayuda de mis padres. —Chasqueó los dedos.

Miré a mi alrededor y gruñí al darme cuenta de que él me había llevado de vuelta al club. La música y las personas que bailaban a mi alrededor me alejaron de Chad.

—Tranquila, Vivian —dijo él—. Sigo aquí, solo que no puedes verme.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté mientras buscaba con la mirada a mi amiga.

—Tú no tienes que hacer nada —susurró—. Bueno, de momento no asustarte. Esta noche vendré a verte.

—¿A mi casa? —Me puse de puntillas para ver mejor.

—A tu casa y dormiré en tu cama—respondió él con confianza.

—¡Aquí estás! —dijo Sheila y tiró de mi brazo—. Me quiero ir. —Torció los labios—. Estoy bastante mareada y me duelen los pies.

Asentí con la cabeza y ella colocó la cabeza en mi hombro, suspirando.

—¿Por qué es tan difícil encontrar el amor? —preguntó.

—No lo sé... —Miré por encima de mi otro hombro buscando con la mirada a Chad.

No lo vi, se había esfumado y sus palabras se quedaron en el viento. Varias máquinas de humo habían dejado una densa capa de niebla en mis pies que se arremolinaba y bailaba con los movimientos de las personas. La masa de gente me alejó de él por completo.

Nos abrieron la puerta y salí. La oscuridad descendió y exhalé con lentitud, disfrutando de la repentina calma que trajo.

Tenía que salvar a mi madre y averiguar todo sobre mi existencia. Sin embargo, mis limitadas opciones corrían a través de mi mente con lentitud y el miedo se había instalado en mi cuerpo a una velocidad imparable. Todo dependía de mí y no sabía cómo hacerlo o cómo usar mis poderes.

—Estoy a tu lado, Vivian. Siempre lo he estado, aunque no lo recuerdas.

La voz de Chad relajó mi cuerpo entero y eso me extrañó. Hacía que me sintiera vulnerable y fuerte al mismo tiempo. Era la primera vez que no me sentía sola entre los humanos.

MEMORIAS DEL PASADO

Me picaba la piel y estaba impaciente. Chad me había dicho que vendría a verme y no paraba de dar vueltas por la habitación. Había ordenado el armario y limpiado el polvo de la casa más de tres veces. Me senté en el borde del colchón y acaricié el colgante que me había regalado mi madre.

—Hija, es hora de entregarte esto. —Miré intrigada la cajita de madera—. Pronto tus poderes aumentarán y necesitarás esta magia poderosa para controlarlos.

—Yo no quiero hacerlo, mamá. Yo soy... yo soy humana.

—Vivian, sabes que eso no es verdad. Ayer te cortaste el dedo con el cuchillo y hoy ya no tienes nada. Tienes sangre de demonio corriendo por tus venas.

—No. —Me puse de pie y ella me agarró la mano.

—Tú y Chad sois los últimos de nuestra especie. Vuestros poderes son inimaginables.

—Abrió la cajita y sacó una cadena de plata. El colgante que llevaba brilló y llamó mi atención. Tenía una piedra morada, del mismo color que mis ojos.

—Pertenece a tu abuela. Ella viajaba al Inframundo a través de sus sueños, igual que tú.

—Me gusta. —Lo acaricié con mis dedos y dejó de brillar.

—Quiero que guardes la cajita también. Dentro hay algunas cosas que vas a necesitar.

Solté el colgante y me puse de pie. Me acerqué al armario y abrí las puertas. Me puse de puntillas para coger una caja de cartón que había en las estanterías de arriba. Cuando la tuve bien agarrada, el peso hizo que mi mano se doblase y cerré los ojos esperando un golpe fuerte en la cabeza.

Al darme cuenta de que había pasado demasiado tiempo y tampoco había escuchado algún ruido, entreabrí los ojos. A mi lado estaba Chad y sostenía la caja con una mano como si nada hubiera pasado. Lo miré con incredulidad, él la había atrapado justo a tiempo.

—Gracias —susurré con un nudo en la garganta—. Él bajó la caja y me sonrió

con dulzura.

—¿Qué harías sin mí? —La dejó encima de la cama y miró fijamente mi pijama—. ¿Así duermes por la noche?

—¿Qué tiene de mal mi ropa?

—Cubre tu cuerpo por completo y eso hace que mi mente funcione a marchas forzadas. —Se acercó y me miró de arriba abajo—. Podría jugar con tu mente ahora mismo y averiguar el color de tu ropa interior. —Sonrió traviesamente—. Aunque no hace falta porque me dijiste que te gusta el color negro.

—Yo no te dije eso. —Lo miré avergonzada.

—En los sueños me lo dijiste todo.

Me sentía acorralada y quería hacer que él sintiera lo mismo.

—Pues no hace falta jugar con mi mente porque no llevo ropa interior. —Sus ojos se agrandaron y bajé la mirada—. Me gusta dormir así.

Levantó una ceja mientras sus ojos brillaban con diversión. Mi cara se calentó ante mis pensamientos y desvió la mirada.

—Olvidas una cosa, pequeño trasto...

Dejé de escuchar sus palabras porque mi mente se empeñaba en golpearme con recuerdos.

—*Este juguete es mío* —grité y se lo arranqué de sus manos—. *Deja de tocar mis cosas, Chad.*

—*Me gustan tus cosas* —sonrió y miró a su alrededor—. *Tu habitación es muy ordenada, pero tú sigues siendo un pequeño trasto.*

—*No me llames así.* —*Tiré el juguete al suelo*—. *No me gusta.*

—*Te pega de maravilla...*, pequeño trasto.

—¿Recordando algo? —preguntó, moviendo los labios despacio—. Me alegro, porque así te darás cuenta de cuánto te quiero.

—¿Me quieres? —Mi voz temblaba y me sentía insegura.

—Por supuesto, y tu madre también.

—Solo recuerdo los sueños que me hacen viajar y ayudar a los demás.

—Lo recordarás. —Estiró una mano y acarició mis labios—. No olvides que puedo escuchar todo lo que pienses y si quieres esconderme algo, lo vas a tener difícil. Llevas ropa interior de color negro y no hace falta que mientas para esconder la verdad. Conmigo no funciona.

—Eh... —Lo miré de reojo requiriendo un poco más de seguridad—. Me incómodas.

—Pues no debería. Me conoces muy bien. —Giró la cabeza—. ¿Qué hay en la caja?

—Algo que mi madre me regaló. Dijo que lo voy a necesitar para...

—Vencer a todos. Seguro que se trata de los anillos cósmicos.

—¿Anillos?

—Tus abuelos fueron guardianes durante siglos. Ellos vigilaban el universo y los planetas. No querían que las fuerzas demoníacas salieran de la Tierra.

—¿Por qué sabes tantas cosas y yo no?

—Porque yo me tomé en serio las clases de enseñanza que mis padres me proporcionaron. Porque yo sé perfectamente lo que soy, no tengo que fingir que soy un humano, Vivian. Soy un demonio y tú también.

—No es verdad.

—Deja de negarlo. El ser humano es poseedor de esa vocecita interior que le indica lo que es prudente realizar. Ellos saben lo que está bien o mal, tienen un alma pura al nacer y una pura al morir. Nosotros no tenemos alma y somos superiores a ellos. Podemos hacer que las cosas sean malas o buenas —explicó.

—Solo quiero que esto termine; quiero ser normal.

—Lo siento, pero esto acaba de empezar. —Abrió la caja—. Mañana vendrás conmigo a la casa de mis padres.

—¿Y si no quiero? —Me crucé de brazos.

—Tu madre moriría. Mis padres estarán en peligro y nosotros seremos perseguidos por los demás —contestó tranquilamente.

—Argh... te odio.

—Me quieres. —Sonrió y palmeó el colchón—. Puedes meterte en la cama. Yo me encargo de guardar los anillos. No tardaré en acompañarte.

—¿Qué? —pregunté gritando—. ¿Pretendes dormir conmigo? ¿En la misma cama?

—Mhm... —Sacó la caja de madera—. Me lo agradecerás.

—Intenta no tocarme o gritaré —advertí.

—No conseguirás nada con eso y lo sabes. Puedo hacer magia. —Me guiñó un ojo.

—Eres insoportable —balbuceé.

—Soy adorable y lo sabes. En los sueños no dejabas de tocarme.

Tapé mi cabeza con el edredón para no escucharlo más y cerré los ojos. Tan solo quería dormir.

—Nos veremos en tus sueños, Vivian. Allí conseguiré mi beso de buenas noches.

SENTIMIENTOS CONFUSOS

—Hoy te ves preciosa —susurró Chad en mi oído.

—Gracias, mi amor. —Giré la cabeza y le sonreí—. Tú tampoco estás mal. —Lo besé y sus labios se curvaban en una sonrisa.

—Me encantan tus besos. Siempre saben a chocolate. —Sopló suavemente y mis labios empezaron a cosquillear.

—Deja de usar tu magia.

—Pero me encanta. Puede hacer que te vengas sin tocarte. —Me guiñó un ojo—. Y puedo excitarte solo con una mirada.

—Lo sé y sabes que esto es lo que más me gusta. —Sonreí tímidamente—. Sin embargo, hoy quiero que me lleves a un lugar especial. Quiero una cita especial contigo.

—Hecho.

—Vivian, despierta.

Abrí mis ojos para ser testigo de una vista de infarto. Chad estaba tumbado a mi lado, con el torso desnudo. Me sonrojé al instante y cerré los ojos.

—Tarde... —Escuché una risa—. Ya he visto que te has sonrojado y escuché lo que piensas. Gracias, yo también pienso que tienes un cuerpo de infarto.

—No sigas hablando. —Tapé mi cara con las manos—. Y deja de hacer magia, esos sueños son puro invento tuyo.

—¿Qué soñaste? O, mejor dicho, ¿qué recordaste? —Sentí sus manos encima de las mías y tuve pánico.

Su piel ardía y enviaba pequeños calambres por todo mi cuerpo. Si con solo tocarme reaccionaba de esa manera, no quería imaginarme cómo sería cuando me besara.

—Podemos probar si quieres, Vivian. Seguro que, si te beso, sentirás lo mismo que yo —susurró y sus dedos empezaron a acariciar mis manos, mis brazos...

—¡Para! —grité asustada—. No me gusta lo que siento y quiero que dejes de

hablarme así. Me estás mintiendo y no sé por qué lo haces. ¿Qué quieres conseguir?
—Quité sus manos y me atreví a mirarlo.

Sus ojos eran de color sangre y sus labios húmedos, apetecibles... Me arrepentí de haberlo mirado. Deseaba tocarlo, sentirlo y ¿besarlo? ¿Qué me estaba pasando?

—Deja de luchar con tus sentimientos, Vivian. Me amas y yo también. Nos amamos, solo que no lo recuerdas.

—¡Sal de aquí ahora mismo! —grité y él cerró los ojos—. Necesito estar sola, no entiendo nada.

—Está bien. —Se alejó y se bajó de la cama.

Mis ojos siguieron los movimientos de sus brazos mientras se ponía una camiseta. Me había quedado embobada mirando esos músculos perfectos y es que había visto chicos semidesnudos en la playa, pero no tan perfectos como Chad. Sabía que su físico era así porque era un demonio y porque había heredado de su padre esos rasgos tan bien definidos.

Su belleza servía para engañar a los humanos, para tentarlos y llevarlos por el mal camino.

—Veo que estás un poco afectada por el sueño. No te molestaré más un par de días y, cuando recuerdes todo, vendrás tú solita a buscarme. —Tiró de la camiseta hacia abajo y sonrió—. Me cuesta aguantarme las ganas de tocarte y besarte, pero... —suspiró— no tengo más remedio que hacerlo. Te entiendo perfectamente. Prepara la maleta y yo haré el desayuno mientras.

—¿La maleta? —Me levanté para sentarme en la cama—. ¿Viajaremos en el coche?

—Por supuesto —contestó, mirando mis piernas desnudas. La sabana las había dejado al descubierto—. ¿Qué pensabas?

—¿No puedes chasquear los dedos? —Cubrí rápidamente mis piernas y levanté la barbilla—. No me gusta ir en coche porque me da vértigo.

—Lo sé, sin embargo, tendrás que hacerlo. No puedo usar la magia cuando se te antoja, Vivian. —Se agachó y colocó las manos encima del colchón—. Lo haré si me das un beso.

—¿Qué? —Agrandé los ojos—. No pienso besarte... Eres... eres un demonio.

—Igual que tú. —Se alejó—. Y eres el más fuerte de todos —susurró.

Me estaba poniendo nerviosa. No me gustaba la sensación de inquietud que recorría mi cuerpo; no obstante, eso no tenía nada que ver con la rabia que sentía en ese momento.

—Quiero que salgas de aquí. —Señalé la puerta—. Ahora mismo.

Levantó las manos en el aire y luego abrió la puerta.

—Eres muy cabezota y me gusta. Fue difícil conquistarte, pero si lo conseguí una vez, la segunda vez sería más fácil. —Cerró la puerta y dejó caer mi cuerpo hacia atrás.

En mi vida había sentido tanta tensión. Chad tenía algo que me atraía muchísimo y cada vez que lo miraba, deseaba besarlo.

Me preguntaba si era verdad lo que decía: ¿lo amaba?

LA MAGIA DE UN BESO

—¿Puedes parar un momento el coche? —pregunté exasperada—. Me estoy mareando.

—Pues no, tienes que aguantarte. No puedo parar a cada cinco minutos, Vivian.

—Eres imposible.

—Puedes llamarme como te da la gana, pero sé que me quieres. —Añadió con su típica sonrisa y chasqueó los dedos.

Una especie de celaje apareció delante de mis ojos. Era un muro entre él y yo.

—¡Haz que esta cosa desaparezca! —grité, pero no hubo respuesta.

El mareo empezó a molestarme más y grité desesperada. El colgante empezó a brillar y una luz blanca empezó a rodearlo. Cerré los ojos y centré mi energía. Mis manos temblaban y el colgante quemaba mi piel. Inhalé profundamente y experimenté algo parecido a un golpe de látigo en mi corazón. Todo mi cuerpo se tensó y abrí los ojos. La niebla había desaparecido y solo nos separaba unos pocos centímetros.

Chad pisó el freno y el coche salió de la carretera.

—¿Como hiciste eso? —Giró la cabeza y apretó con fuerza el volante—. Nadie puede derrotar mi magia.

—Parece que yo sí —Me encogí de hombros y dejé salir una exagerada señal de aburrimiento—. Ay, paraste el coche. ¡Qué bien! —Abrí la puerta.

—Espera...

Me bajé del coche y me agaché, colocando mis manos en las rodillas.

—Odio viajar en el coche y odio tu compañía, Chad.

—Que linda eres cuando mientes. —Sentí sus manos en mi cintura y me tensé—. Lo siento, intentaré parar la próxima vez. —Tiró de mí suavemente y me abrazó por detrás—. En los sueños es más fácil. Nunca nos hemos peleado y esto es nuevo para mí.

—Es porque esos sueños son puro invento tuyo. Es magia.

—Créeme que es más real de lo que tú piensas y te lo voy a demostrar. —Me giró y me empujó hasta que mi espalda chocó con un árbol—. Tú también me quieres —lo dijo con toda seguridad y, acto seguido, sus labios presionaron con fuerza contra los míos. Me sujetaba por el cuello con una mano para que no me moviera a medida que iba metiéndome más la lengua. En ese instante, todo cambió. Sentía algo familiar y algo se apoderó de mi cuerpo, de mis sentidos.

—¿Qué sientes por mí, Evelyn? —preguntó Chad mientras acariciaba mis labios con su dedo índice.

—Siento muchas cosas, pero el amor es lo que importa —sonreí—. Nada podrá borrar lo que siento por ti, ni la distancia, ni el tiempo, ni los sueños.

—Yo también te amo, Vivian. Eres mi razón de seguir con vida en la Tierra. Algún día estaremos juntos para siempre. —Agachó la cabeza y besó mis labios.

Abrí los ojos y lo empujé. Mis labios ardían y mi cuerpo temblaba.

—¡Deja de hacer magia! —gruñí y me alejé.

—No lo hago, Evelyn. Deja de negarlo y acepta el hecho de que nos queremos. —Apretó los puños y, cuando los levantó en el aire, el árbol que estaba detrás de mí salió volando hacia atrás.

Sus ojos cambiaron de color y su cuerpo se levantó en el aire. Estaba furioso, la sangre demoníaca se había activado. Necesitaba calmarlo, un demonio enfadado podría destruir los alrededores en menos de cinco segundos.

Mis pies estaban firmemente en el suelo, sin embargo, me sentía insegura, como si estuviera flotando en el aire.

Verlo así y la forma en que su cuerpo se había transformado me hizo darme cuenta de que no había duda de lo mucho que significaba para él. Tomé aliento y acallé mis nervios. En ese momento sabía perfectamente que por mis venas corría sangre de demonio. Cerré los ojos y sentí la calidez de la oscuridad.

—Retrocede y vuelve a tu forma humana. —Mi voz cargaba autoridad.

La oscuridad dentro de mí me estaba llamando y la temperatura de pronto disminuyó. Abrí los ojos y lo miré. Había vuelto a su forma humana y su cuerpo se había relajado. Bajó con los pies en el suelo y dejó caer los brazos. Mis palabras habían sonado como una orden y él la cumplió sin dudar.

—Vivian, lo siento —susurró y se acercó—. Perdóname —dijo suavemente mientras tomaba mi mano.

Sus palabras se fueron apagando a la vez que su otra mano se deslizaba contra mi mejilla. Ya no le tenía miedo, algo había cambiado. Una leve sensación de cosquilleo apareció en el centro de mi palma, y gradualmente recorrió toda mi mano. Miré

fijamente sus ojos color verde, esforzándome para encontrar las palabras adecuadas.

—Fui yo quien provocó todo esto. —Apreté los dientes—. No tienes que disculparte.

—Intentaré mantenerme alejado de ti. —Su mirada hizo que mi estómago se retorciera.

Miré fijamente sus ojos para no mirar su boca. El sabor de los besos no se había ido y no quería olvidarlos, habían sido divinos. Sonreí al darme cuenta de que esa comparación no tenía ningún sentido.

—Comparar un beso entre dos demonios con algo divino... —murmuró mirando mis labios—. Supongo que es buena señal.

Sus manos estaban alrededor de mi cintura y el calor que desprendían era abrasador. Me zafé de su presa y me alejé.

—No quiero que vuelvas a besarme. —De pronto me sentí insegura, sin embargo, seguí hablando—. Solo quiero salvar a mi madre.

Sus ojos traspasaron los míos, mirando más allá. Unos recuerdos pasaron como un relámpago por la unión. Me veía a mí feliz, sonriendo y corriendo. Esos recuerdos me inundaron. Era como si estuviera allí.

—Así estabas de pequeña, feliz. Esa hermosa sonrisa solo la veo en los sueños, cuando estamos juntos. La echo de menos.

Una sombra incómoda cayó sobre sus rasgos y reconocí una sensación de advertencia.

—No voy a decir nada más durante el viaje. —Se alejó—. Vuelve al coche.

A través de la borrosidad en mi mente, intenté procesar lo que había ocurrido. Seguí sus pasos en silencio con la más leve de las tímidas miradas. Necesitaba recordar mi pasado y necesitaba soñar.

CONFESIONES

—¿Me prometes algo? —Miré atentamente su sonrisa pícaro.

—Lo que sea, mi amor —murmuré y entrelacé mis dedos con los suyos.

—Prométeme que estarás a mi lado siempre, pase lo que pase. —Llevó mis manos a sus labios—. Y yo prometeré amarte toda la eternidad.

—Me estás asustando, Chad.

—Prométemelo, Vivian. —Besó mis labios y sentí su respiración ardiente.

—Lo prometo, pero explícame qué pasa.

—Últimamente no consigo encontrarte en los sueños, creo que intentan atraparte —murmuró con voz grave.

—¿Quién? No entiendo...

—Despierta, Vivian.

Noté otra sacudida y abrí los ojos. Chad estaba agachado delante de mí y me miraba con preocupación. Me encontraba fuera del coche y tumbada sobre la hierba. No recordaba haber bajado del coche.

—¿Cómo llegué hasta aquí? —Froté mis ojos con lentitud.

—Estuviste más de tres horas hablando en el sueño y cuando tu respiración empezó a entrecortarse, me asusté y paré el coche —comentó examinando mi rostro—. ¿Estás bien? ¿Qué soñaste?

—Soñé contigo... Bueno, parecían recuerdos, no sueños. —Me levanté despacio—. ¿Es verdad? —Torcí los labios.

—¿De qué hablas? —Me miró, extrañado.

—¿Nos amamos? —indagué, mi voz ensombrecida por la vergüenza—. Bueno, parece que tienes razón.

—No voy a contestar, Vivian. Tendrás que averiguarlo tú sola. —Chasqueó los dedos y la puerta del coche se abrió—. Nos queda una media hora de viaje.

—¡Wow! Tu casa es impresionante. No la recuerdo así. —Giré la cabeza para mirarlo.

—Mi padre siempre cambia algo. —Giró el volante hacia la izquierda y el coche pasó por delante de un árbol seco.

—¿Y ese árbol? —pregunté mirando por el espejo retrovisor—. ¿Por qué no lo cortan?

—¿De verdad no lo recuerdas? —Frenó el coche y apagó el motor.

—¿Recordar? —Estiré una mano y toqué su brazo.

Él bajó la vista y se quedó mirando fijamente mi mano. El colgante empezó a brillar, pero no quería dejar de tocarlo. Necesitaba recordar algo y a veces esa era una manera eficiente.

—No lo conseguirás —dijo con suavidad—. Olvidas que soy igual que tú. Solo funciona con humanos. Tendrás que recordarlo tú sola.

—¡Ya está! —Le grité con irritación—. No aguanto tantos secretos, no te aguanto, no...

—Shhh... —Colocó un dedo sobre mis labios—. Mis padres nos están viendo.

—Lo siento. —Agaché la mirada, avergonzada.

—No me gusta verte así, me duele. —Acarició mis labios—. Te extraño tanto. —Cerró los ojos y apartó la mano.

—No quiero causarte ninguna molestia, Chad. Solo quiero salvar a mi madre.

—Ya me lo dijiste. —Abrió los ojos y suspiró—. Más tarde te llevaré al jardín. Hay una inscripción en el tronco de ese árbol. La hiciste tú.

Lo miré a los ojos, buscando alguna respuesta, pero no quería dejarme entrar en su cabeza.

—No sabes cómo hacerlo, por eso no te dejo —habló—. Te ayudaré para que aprendas hacerlo. —Agarró mis manos—. Recuerda que mi padre puede escuchar tus pensamientos.

—Intentaré no pensar en algo erótico —reí con ganas—. No quiero que sepa que me gustaría hacer cosas perversas con su hijo. —Tragué saliva intentando asimilar mis palabras.

¿De dónde habían salido?

—Por primera vez te veo reír y es hermoso. Gracias. —Estrechó mis manos—. Así que tienes pensamientos sucios... —Enarcó una ceja—. Quiero detalles.

—Es broma —dije rápidamente intentando ocultar la verdad—. Ni siquiera me gustas.

—Sabes que es difícil para un demonio mentir, ¿verdad? —dijo sonriéndome de lado.

—¿A qué te refieres?

—No podemos mentir, y cuando lo hacemos, nuestros ojos cambian de color.

—Oh... —Cerré los ojos.

—Tarde, ya los vi. —Sentí su mano acariciando mi mejilla—. El color de tus ojos es único y cuando mientes se vuelven verdes.

—No me toques —susurré.

—¿Por qué? —Agarró mi barbilla—. Dame una buena razón para no hacerlo.

—Cada vez que lo haces, siento que mi corazón deja de latir. —Abrí los ojos—. Es como si mi alma intentara abandonar mi cuerpo.

—Eso es porque tu corazón y el mío están unidos. Lo que siento yo sientes tú también —explicó mirando fijamente mis labios.

—No lo hagas, no lo hagas más... ahora siento que mis labios arden...

—Es porque quiero besarte.

Parpadeé lentamente sintiendo como mi cuerpo reaccionaba sin mi consentimiento. Mi respiración era tan poco profunda que quería dejar de respirar. A medida que mi consciencia se iba desvaneciendo, sentí sus cálidos brazos rodeando mi cintura.

—Vivian...

Su voz me trajo de vuelta a la realidad.

—¿Qué pasó? —Mis ojos buscaron alguna respuesta.

—Nada importante —rio—. Sentiste el mismo deseo que yo. Faltó muy poco para que me besaras.

—Eh, no. Eso no es verdad. —Me alejé de inmediato—. Usaste algunos de tus poderes.

—Vamos a bajar. Mis padres quieren verte.

LAZOS FAMILIARES

Luché contra mis pensamientos hasta que conseguí bloquearlos. No quería que Chad los escuchara, me sentía avergonzada. Mientras caminaba a su lado, algunos recuerdos de mi infancia se hicieron presentes y me vi corriendo alrededor de la casa. Estaba riendo y feliz.

Pero eso fue antes de sentir los cambios, antes de tener las pesadillas.

Durante unos años había pensado que todos querían hacerme daño y que la muerte me quería llevar con ella. Las pesadillas habían sido horrorosas, solo veía personas muriendo quemadas.

Mi madre había intentado explicarme que eran llamadas de ayuda de las almas perdidas por el mundo. Tuve que encerrarlos a través de los sueños para que los demonios que habitaban el Inframundo se alimentasen. Esas almas tenían que llegar al Infierno y yo les enseñaba el camino.

Nunca entendí por qué tenía que hacerlo y por eso me fui de casa. Mi madre no lo sabía pero, a veces, los espíritus me hacían daño en los sueños y me despertaba con los ojos ensangrentados.

—Tienes que agarrar mi mano. —Chad se detuvo junto a la puerta y me miró—. Hay algo que no te dije. —Sus labios se curvaron.

—No lo haré, no quiero que me toques. —Me volví hacia él y lo miré a los ojos.

—Mis padres saben que somos novios. —Agarró mi mano y el calor se metió en mis huesos, encendiendo mi sangre—. Olvidé decírtelo. —Me devoró con los ojos.

—¿Por qué les dijiste eso? —pregunté, tensando la mandíbula—. Es mentira.

—No lo es. —Se acercó y resopló con frustración—. Nos amamos.

—Deja de mentir —grité y le clavé un dedo en el pecho.

La puerta se abrió y su madre se quedó quieta, contemplando nuestros rostros con cariño.

—Hijo, oh... habéis vuelto. —Nos abrazó a los dos—. Sois tan guapos. —Tapó su boca para no llorar.

—Mamá —refunfuñó Chad—. Ya no somos niños.

—Hacéis una pareja muy hermosa.

—Como nosotros, ¿verdad? —dijo el padre de Chad con una sonrisa idéntica a la de su hijo en sus labios.

Tiró hacia abajo de las mangas para esconder las marcas de sus brazos y saludó a su hijo. Luego estrechó la mirada y se acercó.

—Tus pensamientos... —murmuró—. Son confusos. ¿Pasa algo Vivian?

—No le gusta viajar en el coche —contestó Chad por mí y me agarró de la mano—. Estamos cansados.

—Ah sí, la habitación está preparada —dijo su madre y empujó la puerta.

—¿Habitación? —pregunté en voz baja.

Chad apretó mi mano y ladeó la cabeza.

—Sí, cariño —contestó entre dientes.

No dije nada más porque sus padres nos miraban extrañados. Lo seguí hasta la habitación y cuando cerró la puerta, me solté de su mano y lo miré con rabia.

—Exijo respuestas —bramé—. No somos novios y nunca lo seremos.

—Me entristeces... —susurró con voz inexpresiva.

Chasqueó los dedos y desapareció.

—¡Vuelve aquí! —grité mirando a todos lados—. Sé que puedes verme. No me dejes sola.

—Vigilaré tu sueño, descansa mi amor —susurró.

—No soy tu amor. —La cama crujió y me giré asustada—. Deja de asustarme.

—Y tu deja de hacerme daño.

Sus palabras golpearon como un chorro de agua fría mi corazón. Fueron tan tristes que sentí lágrimas mojando mis mejillas. Las sequé rápidamente y miré mis manos. Eran lágrimas de sangre... Las pesadillas se acercaban y estaba sola.

—No estás sola, Vivian, pero no puedo estar a tu lado y no tocarte o besarte. Te amo demasiado para verte así, para escucharte hablar con tanta rabia y rechazo.

—No te odio.

—Pero tampoco me amas.

La cama crujió de nuevo y mis párpados empezaron a moverse con rapidez.

—Chad, ¿dónde estás? —pregunté asustada.

Llevaba noches sin verlo en mis sueños.

—Estoy atrapado.

—¿Dónde? —Miré a mi alrededor.

Unas cadenas de oro bajaron del cielo y rodearon mis pies. Subieron hasta mis brazos y apretaron con fuerza.

—¡Chad!

Delante de mí aparecieron tres demonios de Luz, con los rostros cubiertos. Uno de ellos chasqueo los dedos y apareció Chad. Tenía la cara cubierta de sangre y el pecho vacío. Le habían quitado el corazón.

—¿Qué habéis hecho? —grité llorando.

—Le hemos quitado el corazón. Un demonio no puede amar a otro demonio.

—No.

—Ahora es tu turno.

—Vivian, despierta.

Noté una sacudida y abrí los ojos de golpe. Empecé a llorar y lo abracé.

—Odio verte morir...

—Y yo odio verte llorar. —Me abrazó con fuerza—. Pronto recordarás todo. Necesito que lo hagas. Mi corazón está muy débil.

Me alejé para mirarlo y me sequé las lágrimas.

—¿Qué quieres decir? —Suspiré.

—Que tu odio mata mi corazón. Me dejas sin fuerzas. —Se estiró en la cama—. Intenta descansar. Nada malo te pasará.

—¿Lo prometes? —Me estiré a su lado.

—Hice una promesa a los seis años y pienso cumplirla. —Tiró de mi cuerpo y coloqué la cabeza en su pecho.

—¿Qué promesa?

—Mañana te lo diré. Duerme y sueña conmigo. Deseo besarte.

MALAS NOCHES

Me desperté de repente y me senté en la cama de un respingo. Había tenido otra pesadilla, una diferente a las demás. Había visto a mi madre, enjaulada y llorando. Nunca había sentido tanta tristeza en mis sueños, ni siquiera cuando veía a Chad que moría.

Sin embargo, había algo que no entendía. Me encontraba en una especie de nube, alejada de todo y me sentía como si no tuviera pasado o recuerdos. Era como si alguien los hubiera borrado por completo de mi mente.

—No es verdad, Evelyn. —Chad apareció a mi lado y me miró a los ojos—. Tus recuerdos fueron bloqueados por Abigor. Él quiere convertirte en un demonio malévolo y controlarte.

—¿Por qué? —exigí incrédulamente.

—Hay una leyenda muy antigua y muy real. Hubo un ángel del Infierno llamado Astartea. Era extremadamente hermosa y elegante. Ella tuvo dos hijos...

—¿Hijos? —Levanté suavemente mi barbilla para encontrarme con su mirada seria.

—Se llamaban Deseo y Amor —contestó con sencillez—. Ellos fueron raptados por Astaroth, un poderoso demonio representado por un ángel caído coronado. Él detectaba los deseos secretos de los humanos y los convertía en sus esclavos. Astartea se volvió loca y vertió toda su furia sobre las parejas infernales que habitaban el Infierno. Con el tiempo, los demonios se convirtieron en seres malévolos y sus corazones dejaron de latir.

—Por eso los demonios no tienen corazón. —Toqué mis labios, ignorando el cosquilleo que sentía por dentro—. Pero no entiendo porque nosotros sí.

—Yo tengo corazón porque mi madre salvó a mi padre y le devolvió la vida con sus poderes —murmuró.

—Y yo porque mi madre consiguió huir.

—Así es. —Sonrió con ternura—. Y ahora vamos a bajar. Mis padres nos están esperando para hablar.

Llevaba más de media hora escuchando las historias que el padre de Chad

contaba con entusiasmo; no sabía que el demonio que lo había tenido controlado durante siglos era hijo del mismísimo Diablo.

Me emocioné con la historia de amor que habían vivido los padres de Chad y me preguntaba si algún día encontraría algo parecido.

Los ojos de Chad se posaron en mí y supe que había escuchado mis pensamientos porque su cara se había crispado. Sus sentimientos inundaron el vínculo y me sentía conectada con él. Su corazón apenas latía y no podía soportarlo más. Necesitaba ponerle fin porque su sufrimiento nos hacía daño a los dos. Estreché los ojos y envié dos palabras contra su mente:

—*Lo siento.*

Una amplia sonrisa apareció en su cara y su voz pasó rozando dentro de mi mente:

—*Gracias.*

Antes de poder contestar, el padre de Chad se puso de pie y me miró fijamente. Sus ojos eran oscuros y vacíos.

—Tu madre está muy débil —dijo—. Abigor usa su energía para alimentar a sus esclavos. —Viendo la expresión de asombro en mi rostro, continuó rápidamente—. Pero podemos salvarla.

—Es peligroso —intervino la madre de Chad—. No podemos dejar que vayas sola al Inframundo. Es lo que Abigor quiere.

—Pero yo no sé cómo hacerlo... yo no recuerdo... —Mi voz temblaba.

—No entiendo. —El padre de Chad frunció el ceño y se acercó—. ¿Qué es lo que no recuerdes?

—Mira, papá...

—No digas nada, hijo. —Levantó una mano en el aire y las marcas que adornaban su brazo empezaron a brillar—. Estoy hablando con Vivian.

—Yo... —Miré de reojo a Chad—. Recuerdo a mi madre, recuerdo la primera vez que vi esta casa y recuerdo a Chad de pequeño. Me escapé de casa a los quince años porque mi madre no paraba de recordarme que yo no era como mis amigos, que no era humana. Poco a poco olvidé el pasado... y, cuando vi a Chad, algunos recuerdos empezaron a volver. Pero estoy confusa y creo que no todos son reales —suspiré—. Me siento extraña.

—¿Por qué nos has mentado? —Colton se volvió a su hijo—. Dijiste que erais novios y que os amabais, que estabais juntos desde hace mucho tiempo.

—Es verdad. —Se volvió hacia mí. Sus ojos desprendían una tristeza familiar y

reprimí un escalofrío—. Yo la amo, padre. Ella también me ama, solo que no recuerda los sueños.

—Los sueños... —Su madre colocó una mano en mi hombro—. Oh, puedo verlos. —Sus ojos tiernos encontraron a los míos—. Vuestro amor es muy fuerte y el vínculo que habéis creado a través de los sueños es indestructible. Por eso Abigor no puede tomar vuestros corazones.

—En los sueños puede hacerlo, madre —dijo con tristeza Chad—. Pero solo el mío.

—Es porque Vivian heredó los poderes de su abuela —explicó, acercándose a mí—. Tiene sus ojos y su fuerza. Y por lo que veo... —Estiró una mano y tocó mi colgante—. También tiene la llave del Inframundo.

—¿El colgante es una llave? —Miré con atención sus movimientos.

—Veo que no recuerdas las clases de enseñanza —suspiró, alejándose—. Estoy segura de que Chad te explicará todo lo que necesitas saber. —Sonrió—. Te ama mucho.

—Así es. —La voz de Chad atravesó mi neblina mental—. Y tenemos que encontrar la manera de ir al Inframundo con ella. No podemos dejarla sola.

—Esta tarde iré a visitar a unos amigos, hijo. —Su padre ladeó la cabeza, mirándome fijamente—. Estoy seguro de que nos ayudarán, pero Vivian tenéis que sacrificar vuestro amor para conseguirlo.

—¿Qué quieres decir? —Chad frunció el entrecejo y apretó los puños.

—Abigor vivió los sueños de la misma manera que lo hicisteis vosotros y es consciente del peligro que lo rodea. Tenéis que engañarlo, hacerlo pensar que el amor fue reemplazado por el odio y qué estáis dispuestos a renunciar a vuestros corazones.

—No puedo hacer eso, padre. No quiero convertirme en un demonio malvado —gruñó.

—Tienes que hacerlo si quieres que ella viva.

—Tu padre tiene razón, hijo.

Una triste sonrisa se formó en el rostro de Chad y sus ojos permanecieron fijos en los míos.

—Te amaré siempre, Vivian. —Respiró profundamente—. No lo olvides.

—Eh, no —balbuceé.

—Ahora ven conmigo. Necesitas saber algunas cosas antes de abandonar este mundo.

SENTIMENTALISMO

—¿Qué es este lugar? —Un embriagador aroma a menta impregnó mis sentidos y cerré los ojos.

—Chad, espérame —grité, sin aliento—. No puedo correr tan rápido como tú.

—Eres más fuerte que yo, puedes hacerlo. —Desapareció de mi vista.

—No es justo. —Caí de rodillas al suelo y grité de dolor—. Esto duele.

Estiré las piernas y miré mis rodillas llenas de sangre. Era la primera vez que veía sangre y no sabía qué hacer.

—Pronto las heridas sanarán. —Chad apareció a mi lado y estiró una mano—. Nada nos puede hacer daño.

Sus dedos limpiaron mis heridas y luego se estiró para coger algo. Presionó con fuerza las manos en las heridas y murmuró algo indescifrable.

—Huele bien —murmuré—. ¿Qué es?

—Es menta, una planta mágica para nosotros —explicó con los ojos cerrados—. Mañana tus rodillas estarán como nuevas y podrás correr de nuevo.

Me agaché y rompí una hoja de menta. La froté lentamente entre mis dedos, perdida en mis propios recuerdos. Mientras que otros aspectos de mi pasado se estabilizaban, una parte no lo hacía. No recordaba los sueños en los que me había enamorado de Chad.

—Lo recordarás, pequeño trasto —murmuró—. Empiezas a recordar el pasado y esto muy importante.

—Quiero ver el árbol... —Hice una pausa. Miré sus ojos color sangre y una sensación de calor aplastó mi pecho—. Y la inscripción.

—La hiciste con esto. —Estiró la mano y dijo un viejo conjuro.

Una pequeña daga dorada apareció en su palma. La miré atentamente, intentando recordar el momento, pero mi mente estaba en blanco. Estiré la mano y toqué la daga con mis dedos.

La mano de Chad se cerró sobre la mía y tiró con fuerza hasta que mi cadera se

pegó a la suya.

Cuando lo volví a mirar, todo estaba borroso. Imágenes pasaban por delante de mis ojos y me concentré para organizarlas.

—¿Qué hacemos aquí, Chad? —pregunté—. Nuestros padres no lo saben y no quiero preocuparlos.

—Quiero enseñarte algo. —Tomó mi mano—. Ayer lo vi desde la ventana.

—¿Qué es? —murmuré con curiosidad.

—Es un árbol. —Chasqueó sus dedos dos veces y me sonrió.

Delante de mis ojos se materializó un gran árbol con un tronco grueso y con largas raíces que lo rodeaban. Era como si se abrazara a sí mismo protegiéndose de algo malo. Proyectaba su impresionante sombra sobre la tierra como un gigante de madera.

—Es impresionante y muy grande. —Mis ojos se estrecharon para verlo mejor.

—Apareció ayer y mi padre dijo que es un árbol guardián de los demonios celestiales.

—¿Demonios celestiales? —pregunté genuinamente.

—Sí, Vivian. Tú eres uno de ellos y este árbol apareció aquí para protegerte.

—¿A mí?

—A ti. —Soltó mi mano—. Deberías tocarlo.

Me acerqué al árbol y coloqué mi mano derecha en el único sitio plano y sin raíces. Sentí su corazón latiendo y me asusté. Chad colocó su mano encima de la mía y la temperatura subió de inmediato. El corazón del árbol se iluminó y una luz brillante recorrió mi brazo y el suyo.

—Juntos sois invencibles.

Retiré la mano y el corazón se apagó.

—¿Escuchaste...

—Sí —dijo Chad y metió la mano dentro del bolsillo de sus pantalones—. Deberías escribir nuestros nombres en el tronco. Así el árbol nos protegerá.

—Recuerdo la daga y recuerdo el árbol. —Me acerqué—. Parece muerto.

—Cuando te fuiste, empezó a perder las hojas y, a los pocos días, se secó por completo. —Hizo una pausa y guardó el puñal—. Como si se hubiese quedado sin corazón.

Mis ojos encontraron la inscripción y me acerqué para verla mejor. Mi nombre y

el nombre de Chad estaban escritos dentro de un círculo. Estiré la mano y recorrí con los dedos cada letra y cada línea.

—¿Un círculo?

—El círculo es el símbolo de la unión entre los demonios —dijo, mirándome emocionado—. De pequeña te gustaba. —Sonrió débilmente.

—Ah...

—Y ahora me amas. —Se acercó y su aliento se apoderó de mi piel.

Su cálida mano tocó mi cara y cerré los ojos.

—*Quiero hablar contigo. —Alcé la mirada con timidez—. Pero no te rías.*

—*Prometo no hacerlo. —Chad colocó una mano en el pecho encima de su corazón.*

—*Me gustas —dije con voz trémula.*

—*¿Eh? —preguntó, aclarándose la garganta.*

—*Mejor me callo. —Hice una pausa para respirar hondo—. Olvida lo que dije.*

—*Eres hermosa y muy risueña...*

—*No quiero escucharte. —Tapé mis oídos y empecé a cantar.*

—Recuerdo ese momento embarazoso. —Mi voz sonó extraña.

—No fue embarazoso, Vivian.

Lo miré insegura por mi repentino estado de ánimo. Yo lo atribuí a los nervios.

—Recuerdo perfectamente tu expresión de ese día...

—No me lo esperaba, es verdad. Pero no escuchaste mi confesión. —Sus palabras me sorprendieron.

—¿Confesión?

—Sí, confesión —dijo con dulzura.

Agarró mis manos y sus emociones flotaron por medio de la conexión. Escuché su deseo de besarme, de sentir mi piel, y mi corazón se aceleró.

—Tú también me gustabas, Vivian. Empecé así, si lo recuerdo bien: «Eres hermosa y muy risueña. Eres vida y muerte a la vez. Eres tormenta y tranquilidad para mi corazón. Estamos destinados a estar juntos».

Miré sus ojos incapaz de hablar. La mirada de deseo en su rostro no desapareció y podía sentir la sangre de demonio bombeando con fuerza por mis venas. Los latidos de mi corazón se sincronizaron con los suyos y el impulso de besarlo me consumía.

—Hazlo, Vivian..., bésame. No puedo resistirme mucho más tiempo al deseo.

Contuve un asustado jadeo, me sentía poderosa y conectada con él. Sentía hambre, mucha hambre. Sus ojos color sangre encontraron a los míos y su mirada penetrante acariciaba mi alma. No podía controlarme y eso me asustaba.

La piedra incrustada en mi collar empezó a brillar y quemar al mismo tiempo. Sus ojos bebían de mi alma y me sentía mareada.

EL SONIDO DE LA VIDA

—Si no vas a besarme, lo haré yo —dijo a la vez que se inclinaba hacia delante, mirándome.

Sentí la energía de la piedra conectando con mi piel y una fuerte ráfaga de frío bajando por mis venas. La sensación glacial envolvió mis brazos y dentro de mis puños se formaron bolas de hielo. Mi corazón dejó de latir por la frialdad corporal y mi garganta se secó y me dejó sin aliento.

—¡Aléjate de él! —Escuché una voz de mujer a mis espaldas, sin embargo, permanecí inmóvil.

—¡Mamá!

La voz de Chad congeló mi sangre y levanté los puños. Todo el calor corporal había desaparecido y mi corazón había dejado de latir.

Di otro paso hacia él, cerrando el espacio entre nosotros. La ira y el odio entumecían mis venas. Solo quería destrozar lo que había a mi alrededor, solo quería dejar de existir. Me sentía presa de esas emociones maléficas y nuevas para mí. Era como si alguien estuviera controlando mi mente a través de ellas.

—¡Aléjate ahora mismo o me veré obligada a usar mis poderes!

—No, mamá. —Chad agarró mis puños y cerró los ojos.

Sus labios se movían, pero no escuchaba lo que él decía. Poco a poco mi piel empezó a sentir calor y las bolas de hielo se hicieron cada vez más pequeñas. Pero no era agua que salía de mis puños, sino sangre. Sangre caliente que manchaba nuestros dedos unidos.

—Esto no se quedará así —gritó una voz y se escuchó un fuerte trueno—. Vuestros corazones dejarán de latir.

Sentí una mano en mi hombro y giré la cabeza.

—Lo siento —susurró la madre de Chad—. Me asusté cuando te vi y no quería que le pasara algo a mi hijo.

—No lo entiendo, ¿qué hice? —Mis ojos vagaron por su rostro.

—Tú no hiciste nada, fue Abigor. Él te controlaba.

—Abigor... —murmuré y giré la cabeza.

Chad aún tenía los ojos cerrados y sus dedos seguían apretando mis puños.

—Tú corazón dejó de latir, ¿verdad? —preguntó ella.

—Sí.

—Tenéis que iros. Tú madre está en peligro —susurró—. Tengo que avisar a los demás.

Ella se fue y miré a Chad.

—Abre los ojos, por favor —dije con voz temblorosa.

Dejó de sostener mis puños y cayó al suelo de rodillas.

—¡Chad! —grité, asustada.

Me arrodillé delante de él y miré mis manos bañadas en sangre. No sabía que estaba sucediendo y mi cuerpo temblaba aterrorizado por la situación.

Agarré sus manos, tomándolas en las mías. Mi cuerpo se tensó con el contacto y sentí una sacudida.

—¡Vivian! —gritó y abrió los ojos de golpe. Me miró confuso y luego miró nuestras manos unidas—. ¿Qué pasó?

—¿No lo recuerdas?

—Sí —suspiró—. No conseguí mi beso.

—¿Qué? —pregunté con un hilo de voz—. Estuve a punto de hacerte daño y a ti te preocupa un beso.

—No es un beso, Vivian. —Tiró de mis manos para acercarme—. Es una ilusión, es una esperanza y una llama de amor. Para mí es mucho más que un beso, es una razón para seguir con vida.

—Abigor controlaba mi cuerpo a través de malos pensamientos, lo siento. —Levanté mis manos a su cara y cuando toqué su piel, la sangre desapareció—. Tú me salvaste. —Deslicé mis dedos por sus mejillas.

—Así es. —Sonrió—. Te mostraré lo que siento por ti. Mira en mis ojos.

Miré sus ojos y mi corazón se aceleró salvajemente. El hermoso color carmesí me tenía cautivada y durante unos minutos escuché sus pensamientos. Sentí su amor hacia mí y hacia sus padres.

—Sigue mirando mis ojos. —Su voz me llevó lejos, me llevó de regreso al mundo de los sueños.

Veía mis sueños con sus ojos y eso era algo indescriptible porque sentía sus

emociones. Era hermoso lo que él sentía y por primera vez acepté lo que veía. Sus sentimientos eran reales y sus pensamientos intensos.

—Ahora bésame, Vivian —susurró—. Quiero que reavives los recuerdos para recuperar nuestros sueños, nuestros momentos más felices.

Sonrió y mi corazón se llenó de amor. Estiré el cuello y sin dejar de mirar sus ojos, lo besé. Su cálida oscuridad nos rodeó y sus manos empezaron a temblar en mi cintura.

Los labios de Chad eran más suaves de lo que me había imaginado y se sentía bastante familiar. Nunca había experimentado nada parecido, tuve miedo besar a un humano. Había leyendas que decían que unos labios humanos podrían matar a un corazón demoníaco.

Sentí la tierra retumbando en silencio por debajo de nosotros como si el Infierno se hubiera desatado. Cerré los ojos con fuerza deseando bloquear el ruido, pero fue imposible. El beso prendió fuego mi corazón y la vulnerabilidad se apoderó de mí.

Chad estaba en mi mente y su tormento empezó a gotear en mis emociones, controlándome. Traté de alejarme de él, pero sus labios hacían magia en los míos. El beso saciaba su hambre mientras que sus dedos hormigueantes se contoneaban contra mi cintura. Lo mismo había sentido cuando me había besado por primera vez. Me alejé de inmediato y lo miré a los ojos.

—Lo recuerdo —dije con una sonrisa—. Recuerdo nuestro primer beso. Pero no entiendo cómo se puede sentir tanto a través de los sueños.

—Eso es porque tú eres especial. Porque tienes el poder de hacerlos reales. Cuando liberas las almas atrapadas, los ángeles te hacen fuerte y poco a poco te convierten en uno de ellos.

—¿Ángeles? No lo entiendo. Nosotros somos demonios.

—¿Cómo crees que nuestro amor sobrevivió? Cada vez que salvabas un alma, viajabas con ella hasta el cielo. Y al mismo tiempo me llevabas contigo. Allí los demonios no pueden entrar y por eso te necesitan a ti.

—Pero soy un demonio.

—Eres un demonio celestial y tu sangre es única. Mis padres y tu madre son los únicos que tienen un corazón vivo. Ningún otro demonio consiguió mantener uno vivo durante más de una hora.

—Chad —dije, hablando lentamente—. Necesito saber todo. Cuéntame lo que sabes.

—Tenemos que ir al Inframundo y es mejor si vas preparada. —Tomó mi mano y tiró con suavidad—. Voy a contarte todo desde el principio, pero quiero que mires

con atención las imágenes que voy a proyectar en tu mente.

Mi cuerpo se pegó al suyo y sus brazos rodearon mi cintura.

—¿Escuchas la canción? —preguntó con la respiración agitada.

—No, no escucho nada.

Sus dedos se deslizaron por mi espalda y su respiración bailó en mis labios, lo que los hizo sensibles y necesitados.

—Es una canción de amor. Tú corazón y el mío la cantan juntos. Mi respiración y la tuya bailan sin miedo.

—Hermosa melodía. —Me aferre a él como si temiera desvanecerme si me soltaba.

—Hasta los ángeles se quedaron maravillados. —Sonrió, besándome en la frente.

—Cuando vi a ese guardián del Inframundo que tienes encerrado en tu casa, algunas imágenes pasaron por delante de mis ojos.

—Yo también las vi, pero tú las puedes cambiar. Los ángeles te darían la fuerza necesaria para conseguirlo. —Su voz era suave—. Todo empezó con Lucifer.

—El padre del demonio que tuvo atrapado a tu padre...

—Sí. Mi padre tuvo seis hermanos más. Los siete eran perfectos en todos los aspectos, pero Lucifer tenía una hermosura increíble y no comparable con ninguno de ellos. Todos los ángeles fueron creados después de él, pero no tenían su belleza y eso hizo que Lucifer pensara que era el único digno de reinar el cielo. Lo rechazaron y lo enviaron al Infierno.

—Recuerdo que mi madre dijo que allí construyó un imperio parecido al que hay en el Paraíso.

—Así es. Luego trató de aprovecharse de la debilidad humana para reinar la tierra. Para él, el hombre no servía para nada y empezó a destruirlos a través de engaños. Robaba las almas a través de las invocaciones de los desesperados, pero ninguna llegó al Infierno. Mis abuelos consiguieron liberarlas y enviarlas al cielo. Ahora eres tú quien ayuda a esos humanos.

—A través de mis sueños...

—Tus sueños son lúcidos. Eres consciente de estar soñando y por eso puedes controlarlos. Cuando cierras los ojos, los ángeles te envían las almas perdidas por el camino y mediante la concentración, los estás viviendo completamente despierta. Abigor, el único demonio que intenta reconstruir el reino destrozado del Infierno, bloqueó tus recuerdos.

—Por eso no recuerdo nada. —Apreté los labios.

—Lo recordarás. —Una sonrisa tiró de la comisura de su boca.

—Así que eres mi novio imaginario. —Golpeé su pecho con el puño.

—Algo así. Pero pronto seré tu novio real.

DE ALMAS Y AMOR

Días después...

Me acerqué al espejo y miré mis ojos. El color rojo al que estaba acostumbrada a verlos cuando la luna reinaba el cielo, había desaparecido. Mis ojos eran de color blanco y estaban rodeados por un círculo púrpura. Eran extraños pero hermosos.

—¿Podemos hablar? —preguntó la madre de Chad y se paró detrás de mí.

—Sí.

—Veo que el color de tus ojos ha cambiado. —Colocó una mano en mi hombro y el espejo dejó de reflejar mi rostro—. Poco a poco los ángeles te convertirán en uno de ellos.

—¿Qué pasará conmigo? —Estiré una mano para tocar el espejo, pero ella me lo impidió.

—No lo toques —dijo con suavidad—. Tu corazón dejará de latir. Cada vez que te miras en el espejo, Abigor puede verte.

—No lo sabía...

—Lo sabes, solo que no lo recuerdas. Tu madre te obligaba a leer su diario. Allí viene todo muy bien explicado.

—¿Mi madre tenía un diario?

—Sí, Vivian. Ella empezó a perder la memoria cuando cumpliste los cinco años. No sabemos por qué. —Quitó su mano y retrocedió—. Todos pensaron que mi hijo era especial, pero nadie se había imaginado que eras tú la elegida de los ángeles. Mis abuelos le dejaron a tu madre parte de sus poderes y, cuando naciste, el cielo te eligió a ti como diosa. Solo un demonio celestial puede convertirse en un ángel.

—Pero los ángeles y los demonios no pueden convivir. ¿Qué pasará con mi madre? ¿Qué pasará con Chad?

—Nosotros somos distintos de los otros demonios. Nosotros tenemos un corazón, Vivian.

—Chad me ama y no quiero abandonarlo.

—Vivían... —Tocó mi hombro con suavidad y giré la cabeza—. Mi hijo se fue.

—¿Chad se fue?

—Estoy preocupada, su padre no puede escuchar sus pensamientos.

—Pero ¿por qué lo hizo? —Fruncí el ceño.

—Mi hijo tiene que aprender a odiar y si está a tu lado, no puede hacerlo. Su corazón tiene que dejar de latir y volverse negro. Solo así puede engañar a Abigor. Si él ve que no os amáis, bajará la guardia y podremos ir al Inframundo, y salvar a tu madre sin que él sospeche nada.

—No quiero que esto pase. Yo creo que lo quiero...

—Por supuesto que lo amas, y él, a ti. He vivido tus sueños y son hermosos. —Estiró una mano para acariciar mi collar.

Este empezó a brillar y soltó pequeñas chispas de color morado que rodearon su anillo. Mi corazón se aceleró. Luché para mantener mis ojos fijos en la piedra, la sangre de demonio se había activado y no había forma de detenerla.

Mis ojos miraron más allá, mientras que los recuerdos pasaban como un relámpago por la unión. Mis sueños se sumaron en una película y mostraban con claridad todos los momentos que había vivido con Chad.

—Es... esto es tan hermoso —dije con voz temblorosa—. Empiezo a recordar.

—Sigue mirando las imágenes, Vivian. Céntrate en lo que os rodea. Necesito saber cómo es la puerta del Inframundo.

—Lo intento, pero no puedo. Todo es borroso.

—Fíjate en algún detalle o algún color que nos pueda servir para distinguirla de las demás.

—Es de color rojo y tiene un símbolo en el medio.

—¿Puedes verlo?

—Es un triángulo y en el medio hay un círculo pequeño.

—Es la marca de Abigor. Puedes volver, Vivian.

—No quiero volver, siento el amor de Chad. Quiero quedarme con él.

—Tienes que volver.

—Lo recuerdo todo. —Cerré los ojos con fuerza—. Recuerdo nuestros encuentros, nuestros paseos, nuestras charlas y recuerdo nuestros besos. Es tan real...

—Vuelve, Vivian. —Sentí una fuerte sacudida y abrí los ojos—. Eso es, respira.

Mi corazón dio un brinco a toda marcha y un sudor frío se desató en mi frente.

—¿Qué pasó?

—Reviviste tus sueños.

—Cometí un gran error —susurré—. No tendría que haberme ido de casa. —Dejé que mi respiración saliera en un pequeño jadeo.

Mis ojos llenos de lágrimas no parpadeaban. Una oleada cálida e inesperada de alivio me inundó. Recordaba todo y me sentía como nueva.

—Fue Abigor quién te obligó. El borró tus recuerdos y tus sueños.

—¿Cuánto tiempo tenemos que esperar?

—Unos días, lo siento, pero es mejor así —contestó con amabilidad.

—¿Qué pasará con el corazón de Chad?

Ella suspiró y evitó mirarme a los ojos. Algo no estaba bien y eso me preocupaba.

—No lo sabemos. Una vez que un corazón deja de latir, es difícil hacer que vuelva a la vida. Para los demonios como nosotros, solo los ángeles pueden revivirlo.

—Chad dijo que me estoy convirtiendo en uno de ellos, podría hacerlo yo.

—No, tú no puedes Vivian. Tiene que ser un ángel de alas negras porque nuestros corazones son mantenidos con vida por sangre demoníaca.

—Yo no sé qué hacer. No sé muy bien cuáles son mis poderes. Tengo fuerza y puedo leer la mente. Puedo hacer magia y puedo vivir mis sueños despierta. Pero no sé cómo luchar, no sé cómo usar esta llave. —Toqué el colgante y suspiré—. Siento que le hago daño a Chad con mi inseguridad.

—Estos días vamos a leer el diario de tu madre y por las noches vigilaré tus sueños. Colton se fue a traer a ese guardián del Inframundo que Chad tiene encerrado en su casa. Él nos puede ayudar a recuperar tus sueños olvidados y también a usar la llave del Inframundo. Pero hay que hacer un trato con él.

—Lo que sea...

—No es tan fácil. Ese guardián quiere la libertad, quiere que su cuerpo vuelva a la normalidad y quiere recuperar sus poderes. Pero no podemos darle lo que él nos pide.

—¿Por qué?

—Porque sería dejar un demonio sin corazón suelto entre los humanos.

—¿Y qué podemos hacer?

—Engañarlo. Tienes que volver a soñar y controlar tus sueños.

—No lo entiendo.

—Tienes que acercarte a él y hablarle a través de tus sueños. Pero hay que tener

cuidado. Nadie hasta ahora consiguió engañarlo.

—Pero ¿cómo es que está en esa jaula?

—Porque lo atraparon. Tiene pensamientos muy malos.

—Intentaré hacerlo, pero últimamente mis sueños son diferentes. Las almas de los humanos se pierden y para mí es difícil de encontrarlas. Alguien está intentando matar mi corazón. Primero matan a Chad y luego... lo siento... Ahora mismo me siento sin fuerzas. Necesito descansar.

—Por supuesto, Vivian. Mañana voy a traerte el diario de tu madre para que lo leamos juntas.

—Buenas noches.

¿UN AMIGO?

Estiré los brazos sobre mi cabeza mientras me despertaba. Sentí una punzada de frío sobre mis mejillas, como si alguien me estuviera mirando. Mi cuerpo se tensó porque reconocí la sensación. Desde el rabillo de mi ojo vi una sombra moviéndose al lado de la ventana. Miré alrededor y no vi nada, excepto la inminente mancha oscura. Respiré profundo y me concentré. En el medio había una luz tenue, un pequeño punto de luz, creciendo más y más brillante.

—¿Sabes quién soy?

Mis ojos se ajustaron y miré el nimbo de luz. Una llama de calina atravesó mi cuerpo, lamiendo por dentro mi vientre.

Mi voz zumbó en mis oídos cuando hablé:

—No, ¿debería?

Fue entonces cuando lo vi. Me quedé con la vista clavada en su rostro. No era feo. Era un hombre joven con el cabello de color gris, largo, y con unos labios rojizos y finos. Era alto de estatura, y tenía un enjuto y musculoso cuerpo que alardeaba de fuerza.

Miré sus ojos color verde y me sorprendió una abrumadora sensación de compasión. De repente, imágenes de la vida de ese hombre se desarrollaron en mi cabeza y llenaron mi realidad. Entré en pánico, mis pensamientos estaban controlados por él.

—No te asustes, Vivían. Solo quiero que me conozcas mejor.

Sacudí la cabeza y cerré los ojos.

—Sabes mi nombre —susurré.

—Y tú sabes el mío.

Abrí los ojos y eché la cabeza hacia atrás. Había algo familiar en su voz, sin embargo, no recordaba nada.

—Hace cincuenta años, me regalaste esto. —Se acercó a la cama y estiró la mano—. Era de noche y tenía mi cabeza tapada.

—Oh... —Miré con asombro la moneda de oro—. Lo recuerdo. Estabas debajo

de ese puente viejo de madera que hay al lado de mi casa. Había escuchado tus pensamientos y sabía que necesitabas conectar con el Inframundo.

—Te acercaste y me diste la moneda, luego preguntaste mi nombre.

—Xanus. —Tomé la moneda—. No lo entiendo. Tú no eres un demonio y tampoco un humano.

Lo estudié escéptica, podría ser el mismo Abigor quien intentaba engañarme.

—Soy un ángel de alas negras y estoy aquí porque quiero devolverte el favor. Me necesitas —comentó él con seriedad.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté, moviendo los labios despacio.

—Me lo dijo Chad, bueno, lo que queda de él.

—¿Qué quieres decir? —Mi voz sonó aguda y llena de pánico.

—Es otra persona, ya no tiene sentimientos. Puedo ayudarte, sé que el reino de los ángeles te eligió a ti. —Sus ojos verdes se deslizaron hasta mi cara.

No podía pensar. Mi cerebro estaba luchando a través de una bruma pesada que estaba ocultando mis pensamientos.

—Soy yo quien no te deja pensar —murmuró—. Tengo que hacerlo, tu tristeza me hace llorar. Y si yo lloro, el cielo se sacude, se llena de inquietudes.

—¿Eres un ángel de verdad?

—Me eligieron para proteger a los demonios que tienen un corazón, a los que tienen sentimientos humanos.

—¿Cuándo hablaste con Chad? —Miré la moneda y suspiré. Me la había regalado mi madre cuando los sueños se volvieron intensos y oscuros. La moneda ayudaba a que las almas perdidas cruzaran hacia el otro lado.

—Hace unos días.

Sus oscuros rasgos se suavizaron mientras su mirada seria capturó mi total atención.

—¿Dónde está? —pregunté con esmero.

—No lo sé. La última vez que lo vi estaba acompañado por un caminante de las sombras. Supongo que viajó al Inframundo.

—No, no puede ser... —Me callé. Un suspiro mezclado con un gemido hizo su escape—. Eso significa que su corazón está muerto.

—Así es, pero yo puedo revivirlo —declaró con firmeza—. Tan solo tienes que derrotar a Abigor y destruir el Infierno. La maldad que envenenó a Chad

desaparecerá. Para devolverle la vida, tengo que usar mi magia, sin embargo, hay un problema.

—Todo esto no me gusta...

—Hace unos veinte años un guardián del Inframundo me engañó y me robó el athame. Lo necesito para dirigir mi energía y para trazar un círculo de poder. Es mi herramienta ritual más importante. —Sus brillantes ojos verdes fueron a los míos.

—¿Ese guardián tiene el rostro deformado? —pregunté con cautela—. Creo que sé quién es.

—Se llama Althal y sigue en este mundo porque le arrebataron los poderes. Le dieron un trabajo y ese era el de proteger el Inframundo, sin embargo, falló —explicó—. Tus sueños son muy reales. Nadie hasta ahora consiguió entrar, solo verlos. Salvaste muchas almas y los esclavos de Abigor están hambrientos. Él se llevó a tu madre porque sabía que irías a por ella. Cuando cruzas hacia el otro lado, sea en los sueños o sea a través del espejo mágico, tus poderes disminuyen.

—Y puede hacer que mi corazón deje de latir.

—Tienes que arrebatarle el athame.

—No sé cómo hacerlo, sin embargo, lo intentaré. Esta tarde voy a tener la oportunidad de verlo y de hablar con él. Necesito que mantengas mis pensamientos bloqueados. Él tiene que creer que mis sentimientos hacia Chad cambiaron.

—Para eso tengo que quedarme aquí y espero que mi presencia no te moleste. Estaré prácticamente atado a ti, pero solo tú puedes verme.

—¿Y si tengo que cambiarme de ropa? ¿O ducharme?

—Lo siento, pero estaré viéndote. —Sus labios curvaron una sonrisa.

—Esto no es gracioso. —Me pasé las manos por el cabello, claramente incómoda. El aliento se atascó en mi garganta y miré sus ojos brillantes.

—Lo siento, supongo que llevo mucho tiempo viviendo en soledad. Olvidé cómo hablar con una mujer —remarcó, pareciendo disfrutar de mi obvia incomodidad—. Taparé mis ojos.

—Está bien. —Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos.

Sentí mi cuerpo relajarse y escuché mi propia respiración.

SUFRIMIENTO INFERNAL

Estrellas. Nubes y más estrellas. Me sentía muy ligera como si estuviera flotando. Jadeé mientras observaba el espectáculo ante mí. Estaba rodeada de seres de luz y todos llevaban las cabezas tapadas por una tela fina de algodón. Hablaban en unísono como si estuvieran rezando.

Una luz hizo cosquillas en mis pies desnudos y un cálido entumecimiento se prolongó por las piernas hasta llegar a mis brazos. Cuando levanté la mirada sentí un ardor intenso en mi costado. Una cuerda gruesa estaba atada a mi cintura y apretaba con fuerza. El pánico estalló en mi pecho y el crudo temor se apoderó de mí. Mis ojos quedaron atrapados en los cuerpos sin vida que aparecieron delante de mis pies.

—Todos los ángeles morirán. —Una voz ronca río detrás de mí—. El cielo quedará destruido.

—¡No! —lloré con desesperación—. Me tienes a mí, no lo hagas.

El sonido de su risa hizo que el vello de mis brazos se tensara, y de repente estaba sola. Desafortunadamente mi cuerpo seguía sin obedecer mis órdenes para moverme, así que me quedé indefensa, en aquel lugar tan extraño.

Justo en ese momento, mi nunca se erizó. Sin embargo, cuando miré detrás de mí no había nadie allí. Mi corazón estaba latiendo en mi pecho y me extrañé. Nunca lo había escuchado en mis sueños.

Una voz familiar cortó mis pensamientos.

—Ese corazón tiene que morir.

Giré la cabeza y lo vi. Sus ojos color sangre destellaban con un brillo críptico y su sonrisa maligna se extendió por sus labios.

—Chad... —Mi voz sonaba sin aliento.

—Ese no es mi nombre.

Apareció delante de mí y cerró la brecha entre nuestros cuerpos. Se acercó y estiró una mano. Mi garganta se sentía seca. Ese demonio se parecía a él y no sabía si trataba de engañarme. Le devolví una mirada hostil sin mostrar ninguna otra emoción. Sin embargo, bajo mi expresión tranquila, mi mente funcionaba a toda

velocidad.

Su mano se deslizó sobre mi mejilla y una sacudida helada floreció bajo su mano. El contacto me hizo saltar y los pensamientos se quedaron atascados.

—Si no me entregas tu corazón, tu madre moriría.

Un escalofrío se estableció en mi piel y las emociones se arremolinaron dentro de mí. Sus palabras frías encendieron algo en mi sangre.

—¡Aléjate de mí! —demandé, llena de rabia.

Por un instante él palideció como si hubiera recibido un golpe de muerte, y de pronto su rostro se encendió.

—¿Ya no me quieres? —Sus dedos empezaron a quemar—. Estamos destinados a estar juntos. Déjame tomar tu corazón.

Ignoré sus palabras y quité su mano. Apreté los puños y mi collar empezó a brillar. Pensaba en materializarme detrás de él y usar mi magia. La cuerda que tenía presa mi cintura empezó a enredarse con mi ropa. Apenas podía respirar y, aturdida sacudí la cabeza.

—Yo no te quiero.

—Mientes, recordaste los sueños. —Respiró pesadamente en mi cara—. Lo recuerdas todo.

Cerré los ojos tratando de no prestarle atención a sus palabras, pero no pude. Se sentía tan bien estar cerca de él. El pensamiento me sacudió.

—Me quieres, Vivian. —Su voz era un susurro.

Cometí el error de abrir los ojos. Estaba cerca, tanto que sus labios rozaban los míos. Escuchaba los latidos de mi corazón y mi respiración pesada. En cambio, Chad parecía de piedra. Bajé la vista a su pecho y me concentré en sus movimientos. Nada. Su corazón no latía.

—Así, Vivian. Estoy muerto y necesito estar contigo. Este mundo es triste sin ti.

—No me necesitas. —Mi voz temblaba.

—Dame tu alma. —Sus ojos eran temibles—. O todos morirían.

Sus músculos se tensaron mientras levantaba las manos en el aire. Un remolino de humo negro se formó encima de su cabeza y sus ojos prendieron fuego.

Una sensación de escozor cubrió mi piel y mi cuerpo se tambaleó de dolor.

—¡No! —Inhalé rápidamente para fortalecerme contra el tormento.

El remolino de humo se hizo más grande y cubrió su cuerpo.

—*¡Vas a morir!* —*Su voz explotó en el aire.*

Escuché un grito lejano y noté una fuerte sacudida. En un instante, brazos protectores envolvieron mi cuerpo.

—Despierta, por favor.

Abrí los ojos de golpe, jadeando y empapada de sudor. Empecé a sollozar, no podía controlar mis emociones.

—Chad... Él intentó matarme. No entiendo cómo ha cambiado tanto.

—Oh, Vivian. —Besó mi mejilla—. Lo sé.

—Su corazón está hecho cenizas.

Un cambio de color de una luz en mi vista me hizo girar la cabeza hacia la derecha, justo a tiempo para ver a Xanus apareciendo. Torció los labios y levantó las manos a la altura de su pecho. Un brillante orbe de luz apareció y mostró una radiante rosa de color negro. Sabía lo que significaba aquel gesto: esa flor era el símbolo de un alma muerta. La dejó encima de un libro que había en la mesa y desapareció.

—¿Y esta moneda? —preguntó la madre de Chad y giré la cabeza.

—Fue un regalo de mi madre. —Me sequé las lágrimas.

—Tengo una idéntica de plata. ¿Sabes qué pasa cuando dos monedas lunarias se juntan?

—No. —La miré desconcertada.

—Tenemos que leer el diario de tu madre —suspiró—. Voy a buscarlo.

MONEDAS LUNARIAS

La madre de Chad regresó a la habitación y llevaba en la mano una agenda de color morado. Se sentó a mi lado y respiró hondo, soltando el aire con lentitud.

—Colton tiene que llegar —murmuró en voz baja—. Los pájaros se han vuelto locos. Se tiran contra los cristales de las ventanas. Algo pasa, siento una presencia siniestra.

Tragué saliva y miré de reojo por encima de mi hombro derecho. Xanus estaba sentado en la silla que había al lado de la ventana y nos miraba con detenimiento. Su rostro estaba muy claro, más humano y, sin embargo, menos.

—Mejor leamos el diario. —Fue todo lo que pude decir. La mirada de Xanus se había vuelto tan intensa que apenas podía hablar. Sabía que algo malo iba a suceder. Podía sentirlo en mis entrañas.

—Voy a leer solo lo que nos interesa. —Abrió la mano—. Esta moneda de plata es muy importante. Fue creada hace siglos por unas brujas en un aquelarre. Ellas practicaban rituales satánicos y comunicaban con los demonios del Inframundo. Algunos llegaron a la tierra a través de la magia que se practicaba según las tradiciones de luna llena.

—¿Y la mía?

—Tu moneda fue creada hace cien años por el arcángel Miguel, el jefe del ejército celestial con el fin de erradicar esas reuniones místicas.

Xanus carraspeó y giré la cabeza.

—No es verdad, Vivian —dijo con voz grave—. Esa moneda fue creada por Abigor.

Mis ojos se agrandaron y aparté la manta que cubría mi cuerpo. La moneda cayó al suelo y rodó hasta la puerta.

—¿Pasa algo? —La madre de Chad me miraba confundida.

—No le digas nada. —Xanus se acercó hasta la cama—. Nadie tiene que saber que estoy aquí.

Mis manos empezaron a temblar y ella me las atrapó para tranquilizarme.

—Dime qué pasa —susurró—. Hay alguien aquí, ¿verdad?

—No, no lo sé. —Me solté de sus manos y me puse de pie.

Xanus negó con la cabeza. Abrió sus alas y el magnífico reflejo que estaba oculto debajo de su plumaje oscuro, resaltó.

—Debes separar esas monedas —ordenó él—. Abigor se acerca.

—¿Qué? —Di un grito ahogado y la madre de Chad se puso de pie de un salto.

—¿Qué ves? ¿Con quién estás hablando? —Miró alrededor de la habitación.

—Las monedas —balbuceé. Me agaché y busqué con la mirada el dichoso objeto—. No pueden estar juntas.

—¿Por qué dices eso, Vivian? —Ella me agarró por el brazo y tiró hacia arriba—. ¿Estás soñando?

—No. —Agarré la moneda y me puse de pie—. No sé por qué, pero... pero...

Una brisa entró por debajo de la puerta. Entonces lo sentí. Todas las sensaciones fluyeron a través de mi cuando escuché un gruñido gutural profundo saliendo de la garganta de Xanus. Tenía los puños apretados y sus ojos verdes cambiaron a un rojo espantoso a medida que alzaba las alas en el aire.

—Abigor está aquí —dijo él.

Mis ojos fueron a la deriva, notando sombras oscuras detrás de mí.

—Vivian, tenemos que irnos de aquí. —La madre de Chad abrió la puerta y entonces todo sucedió tan rápido. En un instante, Abigor se abalanzó sobre ella y, al mismo tiempo, fui empujada hacia atrás. Xanus me atrapó en sus brazos y se arrojó delante para enfrentarlo.

—No. —Me arrastré hasta donde estaba la madre de Chad.

Abigor esquivó el avance de Xanus y lo agarró por el brazo. Su fuerza no era como nada que jamás hubiera visto. Lo golpeó contra el suelo con tanta fuerza que las paredes de la casa se ondularon.

Me quedé congelada, incapaz de apartar la mirada.

—¿Qué pasa? —Escuché la voz trémula de la madre de Chad y giré la cabeza.

Mi corazón saltó con una respuesta.

—Se están peleando —dije con rapidez—. No sé qué hacer, tengo miedo... —Hice una pausa, intentando tranquilizar mi temblor—. ¿Se encuentra bien?

—Me duele... me...

Sus ojos se cerraron y abrió la mano. La moneda de plata cayó al suelo y llamó la

atención de Abigor.

—¿Qué tenemos aquí?

Un estremecimiento me recorrió la espalda, pero no desvié la mirada de los ojos enfurecidos de aquel demonio.

—Vete de aquí! —rugió Xanus y saltó sobre el pecho de Abigor, clavándolo contra el piso.

Con una gran velocidad y fuerza, el demonio empujó sus brazos de hierro hacia arriba, directamente a través de la mitad de la caja torácica de Xanus.

—¡No! —Me puse de pie y cerré los ojos.

Algo en mi interior burbujeó. La sangre de demonio se había activado y el poder se liberó, fluyendo a través de mis venas.

—¿Crees que tu magia tiene efecto en mí? —preguntó Abigor casi burlándose—. Tengo a tu madre y, si quieres volver a verla, tienes que renunciar a tu corazón, como lo hizo mi nuevo fiel... Chad.

Mantuve los ojos cerrados; sin embargo, estaba consciente de que él se había acercado a mí. Podía sentir el odio y la muerte, su sangre envenenada y su respiración gélida.

Intenté jalar mi propio poder, de construir mis sueños y de llevarlo de regreso a su mundo. Una ráfaga de viento empujó mi espalda mientras una mano se posó sobre mi hombro. Chispas de energía y paz titularon por mi brazo.

—No abras los ojos —susurró Xanus en mi oído—. Tu sueño empieza a tomar forma.

—Voy a destruir este mundo y os mataré a todos —rugió Abigor.

Xanus soltó mi hombro. Escuché golpes y gritos, respiraciones pesadas y voces lejanas. Fuertes ráfagas de aire caliente rozaban mi rostro y me costaba mantener mis ojos cerrados.

—Usa la moneda —dijo Xanus—. Colócala encima de tu colgante.

Hice lo que él me dijo y un calor candente me quemó los dedos como si estuvieran prendidos en fuego. Sin embargo, estaba decidida a controlar mi sueño y enviarlo al Infierno.

ECOS DE MUERTE

Una ciudad infernal y abandonada apareció delante de mis ojos nada más pensarlo.

Descender en lo más profundo del purgatorio siempre había sido aterrador para mí. Había bestias rastreras en los bosques oscuros, cuevas húmedas y desiertas, y pantanos sombríos y espeluznantes. Ardía la mayor parte de su interior, pero sin provocar daños graves a las estructuras.

A mi derecha vi tres puertas que abrían un portal para viajar a distintos lugares. Una te llevaba al Inframundo, una al Infierno y la otra en un lugar oscuro y desconocido, uno que no tenía regreso. La del medio era de color rojo y tenía dibujado en el medio un triángulo. Esa era la puerta del Inframundo y, si colocaba mi colgante encima de ese símbolo la puerta podría abrirse y dejarme el camino libre para pasar hacia el otro lado, pero antes tenía que salvar a mi madre.

—No puedes vencerme. Tu magia es vulnerable a los engaños de mi mente.

Una tétrica voz sonó detrás de mí. Giré la cabeza y me encontré con la macabra sonrisa de Abigor. Esa sonrisa mentirosa que incitaba a la muerte. Me asusté y empecé a correr sin rumbo hasta que encontré unos altos y frondosos matorrales. Me extrañé cuando los vi, pero era mi sueño y podía controlarlo colocando vías de escape con el poder de mi mente. Me escondí precavidamente en ellos, con cuidado de no clavarme ninguna zarza, y pude observar como Abigor me pasaba de largo.

Permanecí allí agachada un buen rato, acumulando las fuerzas para seguir con mi plan. Aproveché el momento para aclarar mis ideas. No sabía cuál de las dos puertas era la del Infierno, podría abrir la equivocada y desaparecer en ese mundo tan oscuro que no tenía fin. Y una vez abierta, no se podría cerrar y los muertos empezarían a salir para alimentarse de los vivos.

Escuché un movimiento a mi derecha y mi respiración se descontroló, me sentía vulnerable.

—Ríndete a la oscuridad, Vivian, y encontrarás a tu verdadero yo.

Reconocí la voz y me puse de pie. Tenía segundos para moverme, sin embargo, no lo hice. Sus ojos oscuros y malvados me, me paralizaron.

—Chad, necesito...

—Ese no es mi nombre —rugió y sus puños prendieron fuego.

Retrocedí y, tan pronto como lo hice, me atacó. Al instante, me lancé hacia atrás y escudriñé en la oscuridad. No podía confiar en nadie, él había cambiado y lo único que deseaba era tomar mi alma.

El suelo de piedra era irregular y se desprendía abriéndose constantemente. Hacía un calor anormal y lo único que se podía oír era el crujido de las deslumbrantes llamas. No sabía qué dirección tomar y no sabía dónde se había metido Abigor. Comencé a sudar sin saber qué hacer a continuación.

—Recuerda que es tu sueño.

Era Xanus quién me hablaba y sus palabras fueron reveladoras. La muerte estaba cerca, sin embargo, me sentía muy viva. Mi magia tenía dimensiones que ni siquiera yo misma conocía. Tenía que enfrentarme a ellos y no huir como una cobarde. Me volví para continuar con mi lento avance a través de las grietas que se habían formado en el suelo y acudí a mi interior. Concentré todo mi poder y magia en mis manos.

En un abrir y cerrar de ojos, me encontraba delante de Abigor. Sus ojos estaban inyectados en sangre y su tamaño había crecido considerablemente.

—No estás en armonía contigo misma y no puedes vencerme.

—Tu no perteneces al mundo de los humanos —dije, con voz áspera—. Devuélveme a mi madre si no quieres ver el Infierno destruido por segunda vez.

Dos esferas de hielo se formaron dentro de mis puños. Abrí las manos y se hicieron más grandes. Di un paso hacia delante y lancé una bola y luego la otra, dejándolas zarpar hacia él.

Su cuerpo absorbió el impacto. Sin embargo, nada pasó. Se acercó y me apresó de golpe. Su poder brillaba a su alrededor, era invencible. Mi cuerpo comenzó a sacudirse violentamente en espasmos y sentía la energía abandonándome. Tenía frío, la magia que empleaba para quitar mi alma me helaba hasta la médula. Cundió el pánico en mi cuerpo, él podría matarme en los sueños. Sus ojos feroces se centraron en mí y un calor infernal llenó mi cuerpo.

—Busca en el bolsillo de tus pantalones.

Era la voz de Xanus quién me hablaba, la misma que hacía rato me había dado fuerzas para seguir. Con dificultad conseguí meter la mano dentro de los bolsillos y encontré cinco semillas de color verde.

—Son las semillas mágicas de San Cipriano. Tienes que comerlas si quieres vencerlo.

Las metí en la boca y, cuando crujieron en mis dientes, no sentí ningún sabor. Se disolvieron en mi boca y tragué con rapidez.

Cerré los ojos justo cuando fui lanzada hacia atrás. Mi cuerpo voló por el aire y chocó con una piedra afilada. El dolor me atravesó por el impacto, pero solo por un momento. Las semillas llenaron mi cuerpo con una fuente de energía muy fuerte y me sentí diferente y con un tremendo deseo de soltar mi furia.

La transformación instantánea la sentí en todo mi cuerpo. Alas brotaron de mi espalda. Eran grandes y ligeras, de un color morado intenso. El plumaje imponía y estaba rodeado por una luz brillante.

—Así que tú eres la elegida de los ángeles, pero no podrás salvar a las almas condenadas. El Infierno es mío. —Se echó a reír, rugiendo.

Mi poder creció y las alas me levantaron en el aire. La incandescente luz que desprendían pasó por toda la parte superior de su cuerpo. Él gritó y se tambaleó hacia atrás, sacudiendo la cabeza con violencia, cegado por la luz.

En mis manos apareció una espada serafina y apreté los dientes con fuerza. Volé hasta donde estaba él y bajé con rapidez para clavar la espada en el suelo. La energía se acumuló dentro de mí y bajó por mis brazos hasta que salió disparada por la apertura que se estaba formando.

El suelo vibró como si tuviera un latido de corazón, golpeando con destellos de electricidad las piernas de Abigor.

Retrocedió y su cuerpo chocó con una de las tres puertas. Una pequeña grieta la atravesó de arriba abajo y cerré los ojos. Necesitaba saber si esa era la puerta del Infierno.

—Usa tu espada, Vivian —dijo Xanus.

Abrí los ojos y saqué la espada del suelo. Abigor alzó la mirada y rechinó los dientes.

—No puedes vencerme, ángel.

—Te equivocas. —Me acerqué a él sin miedo.

Invoqué las energías del universo y levanté la espada en el aire. Una onda de choque lo empujó hacia atrás y la puerta se volvió translúcida. Di otro paso hacia delante y clavé la espada en la puerta, aprovechando ese momento de debilidad.

Un portal se abrió y Abigor cayó hacia atrás.

—Nos veremos muy pronto —gritó.

Cerré los ojos, temiendo lo peor y me preparé para un viaje sin regreso.

Pero nunca llegó. Una cálida mano se posó en mi hombro y sentí una extraña

sensación recorriéndome.

VERDADES A MEDIAS

Abrí los ojos y me encontré con el rostro preocupado de Colton, el padre de Chad. Mi visión latía, y no estaba segura de que lo que veía era real o no.

—Estás a salvo —dijo, levantando mi barbilla—. ¿Qué pasó?

—¿Su mujer? —Me impacienté y miré a mi alrededor.

—Está bien, pero sigue inconsciente.

—Las monedas. —Agaché la mirada—. No pueden estar juntas.

—Lo sé, pero parece que Evelyn no lo sabía. Las destruí, ya no pueden hacernos daño.

—Vi a Chad, él es diferente...

—Es un demonio de verdad, uno que mata. Eso pasa cuando renuncias a tu alma. Podrías haber muerto en ese sueño, ¿cómo conseguiste derrotarlo?

—Usé las semillas y...

—¿Las semillas mágicas? Solo un ángel caído puede conseguirlas. —Entrecerré los ojos—. ¿Hay algo que necesito saber? No puedo escuchar tus pensamientos y me resulta extraño.

Por el rabillo de mi ojo derecho vi a Xanus. Negaba con la cabeza mientras se acercaba.

—Dile que las encontraste en el purgatorio, no me menciones —murmuró y se paró detrás de Colton.

—Las encontré allí. —Froté mis brazos para entrar en calor, su mirada enviaba escalofríos por todo mi cuerpo.

—Iré a ver cómo está Evelyn. Intenta descansar un rato. —Retrocedió—. Ya tenemos un plan y al guardián del Inframundo. Está encerrado abajo, en el sótano.

Colton salió de la habitación y me senté en el borde de la cama.

—No me gusta mentir... y creo que él se dio cuenta. Cuando un demonio miente, el color de sus ojos cambia.

—Oh, es verdad. Tus ojos son de color verde.

Alcé la mirada y vi sus alas rotas. Me puse de pie y estiré una mano. Con mucho cuidado acaricié las plumas y sonreí con tristeza cuando las sentí temblando bajo mis dedos.

—¿Duele? —pregunté y dejé caer la mano hacia abajo.

—Sí, pero no por mucho tiempo. Tengo que regresar al cielo para curarme.

—¿Por qué te escondes? Ellos no son malos.

—No les tengo miedo. Hay algo que tú no sabes.

—¿Qué es? —Busqué su mirada.

—Hay pocos ángeles como yo y eso es porque los demonios intentaron matarnos hace siglos. Fue una guerra sangrienta y murieron muchos de los nuestros. Los ángeles caídos pueden robarle la vida a un corazón vivo y pueden matar a un demonio como tú sin ningún esfuerzo. Nuestra magia es tan fuerte que nadie puede vencernos. Sin embargo, hubo un demonio que acabó con nosotros. Ahora la única protección que tenemos es el San Grimorio.

—¿San Grimorio? —Me senté de nuevo en la cama.

—Es el libro de San Cipriano. Porta maldiciones que revelan los secretos de los muertos y también las instrucciones para revivir un corazón muerto. Somos cinco ángeles caídos guardianes de ese libro.

—Los padres de Chad y mi madre tienen un corazón vivo. El libro no está en peligro.

—También somos los guardianes de la cámara impenetrable para atrapar a los demonios que se encuentra en el Inframundo. Hace miles de años, Colton fue encerrado allí y juró venganza.

—Pero no lo hará porque su hijo te necesita, Xanus. Si quieres hablo con él y...

—¡No! —dijo con los dientes apretados.

Su voz tembló y no miró hacia mí cuando dijo esa palabra.

—No entiendo...

—Fui enviado a cuidar de ti y cumpliré con mi deber. Quiero devolverte el favor que me hiciste y te ayudaré a salvar a tu madre y a Chad, pero nadie tiene que saberlo. Ni siquiera los demás ángeles caídos.

—¿De qué temes? —Me acerqué a él—. ¿Quién te hizo daño?

—Vivian...

—Habla conmigo, por favor.

—Tengo que irme, mis alas no aguantan más. Necesito curarme. —Estiró una mano y la abrió—. Si vas a soñar esta noche, usa las semillas. Tienes que tenerlas cerca. Sin ellas no podrás usar la magia celestial.

—Gracias —susurré, tan suave que apenas pude escucharlo.

Xanus retrocedió y se desvaneció poco a poco. Me había quedado sola, en una casa que no era mía y en una habitación que me recordaba a Chad.

Me estiré en la cama y encontré el diario de mi madre. La echaba de menos. Sin embargo, temía lo peor. Abrí el cuaderno y una sonrisa tiró de mis labios. Dentro había una foto conmigo y con Chad. Los dos teníamos las caras manchadas de chocolate y reíamos con la boca hasta las orejas. Recordé el momento y suspiré.

Me arrepentía de haberme ido de casa. Había perdido momentos especiales al lado de mi madre. Ojeé el cuaderno hasta la penúltima página. Leí en voz alta la única frase que había escrito: «Luchamos por una vida, por amor, por una familia».

Los otros demonios habían estado siglos intentando integrarse con los humanos y llevar una vida normal. Había intentado hacer lo mismo cuando me había ido de casa, pero había fracasado. Mis sueños se habían vuelto tan reales que a veces mi corazón se quedaba parado. Mis poderes habían aumentado con una velocidad sobrenatural y veía las almas perdidas por el mundo en cualquier lugar. A veces me hablaban, me pedían ayuda, pero la mayoría de las veces intentaban entrar en mi cuerpo y poseerlo.

Los padres de Chad eran un ejemplo que seguir, se amaban con locura y el vínculo que habían creado era indestructible. Deseaba tener lo mismo y deseaba tener la oportunidad de confesarle a Chad cuánto lo amaba, que había recordado todo y que no había olvidado mi promesa. Le había prometido estar a su lado siempre, pasara lo que pasara. Sin embargo, había fallado. Miré la última página del cuaderno y empecé a leer: «Un demonio que tiene un corazón vivo puede invocar el alma de otro demonio con el ritual del despertar. Sin embargo, se puede hacer una sola vez».

Mis pensamientos volaron hasta Chad. Era una buena oportunidad para volver a verlo y hablarle. Necesitaba saber que su alma no había abandonado la tierra. «El hechizo durará solo cinco horas y se necesitarán las campanillas para rituales paganos». ¿Campanillas? Yo no recordaba haberlas visto por ningún lado.

Me bajé de la cama y me acerqué al armario. Abrí la puerta y levanté con cuidado la caja que me había regalado mi madre, girándola en mis manos. Ella había dicho que dentro había algunas cosas que podrían servirme para los conjuros mágicos.

Tenía un nudo en el estómago y se incrementó mi pulso cuando me senté en el borde de la cama. Abrí la caja y miré con atención los objetos. Dos anillos cósmicos, una cruz de madera, dos talismanes de luz, un muñeco vudú, una vela en forma de corazón y dos campanillas de oro.

Estiré la mano y removí en la caja hasta que sentí un pinchazo. Retiré la mano de golpe y miré mi dedo índice. Algo afilado me había cortado y la sangre que salía se deslizó por mi palma y por mi muñeca, lo que machó mi camiseta.

Una neblina mística apareció y cubrió mi cuerpo. Un embriagador aroma a menta impregnó mis sentidos y empecé a ver imágenes que cruzaban mi campo de visión. Imágenes que se movían protagonizadas por mí y Chad dentro de un sueño. Tenía delante de mis ojos el recuerdo de uno de nuestros besos.

—Todas las noches te veo en mis sueños, Chad.

—Eso es porque tu amor por mí es más fuerte que cualquier hechizo o cualquier magia. El Infierno y el reino de cielo son los testigos. —Me dio una sonrisa torcida—. Cuando te vi por primera vez, mi corazón dio un vuelco y se renovó. Te amo en los sueños y me gustaría amarte en la vida real. Vuelve a casa, vuelve con nosotros. Me sacudiste el alma y me hiciste feliz todos estos años. Necesito sentirte en mis brazos.

Se lamió los labios y se acercó más. Esos mismos labios se abrieron y se posaron con delicadeza en los míos, prendiendo mi cuerpo en fuego.

EL BESO DEL ESPÍRITU

La herida sanó y en su lugar quedó una línea fina de color morado. Era extraño, nunca dejaban marcas. Agaché la mirada y tomé las campanillas. No sabía lo que tenía que hacer o decir, pero pensé en Chad. Las moví un poco y repiquetearon juguetonas. Cerré los ojos durante un momento.

Cuando los volví a abrir, Chad estaba de pie, enfrente de mí. Él se me quedó mirando con los profundos ojos verdes hasta que mi corazón se volvió loco y se aceleró igual que mi respiración.

—Oh, Vivian. No deberías haberme llamado —aseveró.

Su suave voz, más familiar que ningún sonido que había escuchado antes, tranquilizó mi corazón hasta que dejó de latir frenéticamente en mi pecho.

—¿Por qué? —pregunté mientras mis pies tocaron el suelo.

—No podrás usar las campanillas más y...

—No me importa, necesitaba verte y tocarte.

Me puse de pie y me acerqué a él. Lo abracé fuertemente, y enterré mi cara en su pecho. Envolvió sus brazos a mi alrededor y su calor corporal se mezcló con el mío, lo que creó un vínculo poderoso.

—Recordaste los sueños, ¿verdad?

—Lo recuerdo todo. —Me alejé de su pecho para mirarlo a los ojos—. Y hace unos minutos, sentí de nuevo la magia de nuestros besos.

Un rubor se apoderó de mí. Volví a mirar sus ojos y vi un brillo radiante, uno que nunca había visto.

—Este brillo es único, Vivian. —Se inclinó sobre mí hasta que sus labios rozaron mi boca—. ¿Sabes por qué?

Negué con la cabeza, incapaz de mover mis labios. Le pasé los dedos por la barbilla, deseando que ese momento durara toda una eternidad. Estábamos tan pegados que entre nosotros no había ni aire. Quería más y deseaba unirme a él en cuerpo y alma. Esa alma que tenía que salvar y traerla de vuelta a su cuerpo envenenado.

—Este brillo es único porque se debe a ti. Este brillo dice «Te quiero». —Hizo un sonido que estaba entre un suspiro y un gruñido de frustración—. No sabes qué difícil es para mí no volver. Estoy rodeado de oscuridad, solo deambulo por un camino sin fin. Sin embargo, los recuerdos me mantienen con vida.

—Voy a salvarte y voy a devolverle la vida a este corazón. —Toqué su pecho con mis dedos temblorosos—. Lo siento mucho.

—No, Vivian. Tú no tienes la culpa de nada. —Sus labios dibujaron las palabras en silencio.

—¿Por qué te fuiste?

—Tenía que hacerlo. Abigor estaba a punto de enviar a sus fieles a la tierra. Tenían orden de atraparnos y matarnos. —Sus ojos rastrearon mi cara—. No tenía otra opción.

—Pero, tu corazón está muerto. Te sacrificaste por salvarnos y ahora tu alma está perdida.

—Lo haría mil veces más, pequeño trasto. —Una sonrisa se deslizó por su cara.

—Te quiero mucho, Chad. —Mi garganta se tensó mientras hablaba.

—Me alegra saber que puedo hacerte sentir algo.

Sonrió y me desbocó el corazón. Su sonrisa era tan devastadora que causaba un fuerte estremecimiento que llegaba a todas las partes sensibles de mi cuerpo.

—Me haces feliz y tus pensamientos son el alivio que necesitaba sentir. Lucharé hasta el final y estaremos juntos como lo habíamos soñado.

Sujetó mi cabeza por la nuca y me besó, acariciando el contorno de mis labios con su lengua. Mi mundo quedó reducido a las sensaciones que me recorrían.

Acarició mi piel por debajo de mi camiseta sin dejar de sostenerme con firmeza. Dejé escapar un suspiro pesado cuando sus dedos siguieron un lento descenso por mi cuerpo y rozaron mis pechos con los nudillos.

—Estás temblando, si quieres podemos parar. —Alejó su boca de la mía y me miró a los ojos.

—No quiero perder esta oportunidad, por favor sigue.

—Yo tampoco, tu sabor es adictivo. —Me besó de nuevo y los latidos de mi corazón retumbaron en mis oídos.

La necesidad aumentó en mí y Chad lo había sentido porque rodeó mi cintura con el brazo y me atrajo hacia él.

Deslicé mis manos por debajo de su camisa y recorrí con mis dedos su espalda y

sus hombros. Sus músculos se tensaban bajo mis caricias y sus dientes mordisqueaban con suavidad mis labios.

Éramos dos animales hambrientos y nada nos podía detener en ese momento. El vínculo era indestructible. Gimió en mi boca y me agarré con fuerza a él, clavándole mis uñas en los hombros. No había dolor, solo placer. Cubrió mis nalgas con sus manos y me levantó en el aire. Me llevó en brazos hasta la cama y, para mi sorpresa, me recostó en el colchón con cuidado.

Nuestras miradas chocaron y dejé escapar un gemido. Me quité la camiseta, presa del deseo físico y mis pechos quedaron expuestos.

—Un ángel con poderes demoníacos y un demonio con sentimientos puros. Eres única, Vivian.

Deslizó sus manos calientes por mi piel desnuda, dejando marcas de fuego. Sus dedos quemaban mi piel y sus ojos me hipnotizaban. Me sentía presa de su hechizo, pero era una sensación incomparable.

Hizo un gruñido profundo, y luego, de modo provocativo respiró, soltando el aire caliente sobre mis pezones duros y necesitados.

Se quitó la camisa y bajó su cuerpo hacia el mío. Mi estómago vibró cuando sentí la dureza punzante de su erección en mi abdomen. Me miró a los ojos, buscando mi consentimiento y, cuando lo obtuvo, bajó su boca a mis pechos.

Suspiré ante la sensación y clavé mis manos en los gruesos músculos corriendo a través de su cuello. Una raspadura de sus dientes me hizo perderme en un mundo nuevo y solitario, donde solo existía el placer y el amor. Moví mis manos para que pudiera rastrear la fuerte línea de su caja torácica y miré con asombro las marcas de color morados que dejaron sobre su piel.

—Oh, lo siento. —Aparté las manos y me mordí los labios, sintiéndome culpable.

—No. —Agarró mis manos y las colocó de nuevo en su pecho—. Esto no duele y la sensación es increíble.

Sus ojos color rojo sangre brillaban mientras me miraba fijamente. Una sonrisa diabólica, la misma que adoraba, se extendió por sus labios cuando habló de nuevo.

—Me calientas más que el Infierno, pequeño trasto. Tenerte en mis brazos es pura felicidad.

Deslicé mis manos hacia abajo y miré las marcas, solo estuvieron en su piel durante unos segundos. Cuando desaparecieron, deslicé mis manos hacia arriba. Los jadeos que salían de la boca de Chad incrementaban el deseo de tenerlo dentro de mí.

—Deberías dejar de pensar... Me vuelves loco y no aguanto más.

Movió los dedos sobre mis pezones turgentes y, con un entrecortado suspiro, los agarró con firmeza. Las puntas de sus dedos seguían atormentando mis pechos, como si nada más importara. Cerré los ojos, solo sentía sus caricias y mi sexo palpitante. Parecía increíble estar tan excitada cuando el único contacto físico que teníamos era sus manos en mi pecho.

Escuché su respiración pesada y abrí los ojos. Su mirada era sombría, apasionada. A juzgar por el fuego que mostraba, supe que nunca pararíamos.

Soltó mis pechos y agarró mi pelo para dejar al descubierto mi cuello una milésima de segundo antes de que su boca me devorase la piel. Me agarré con fuerza a él y hundí los dedos entre las sedosas ondas de su pelo. Sus besos eran salvajes y ansiosos.

Sus dientes mordisqueaban y sus labios besaban mi cuello. Había desatado su pasión y nadie podía pararlo en ese momento. Lo único que hice fue lanzar un suspiro ahogado. Me bajé los pantalones y contoneé las caderas buscando el contacto de su cuerpo. Me sentía aturdida y empapada de lujuria. Soltó mi cabello y me rozó la oreja con los labios.

—Nunca olvidaré este momento; es tan intenso que puedo sentir mi corazón vivo. Eres como una fuente de energía inagotable, te quiero.

Presionó su cuerpo con fuerza contra el mío mientras su boca buscaba mis labios. Sentí la tensión de mi propio cuerpo y los latidos de mi corazón retumbando a toda velocidad.

Se apartó de golpe y se quitó los pantalones. Separó mis piernas y se inclinó para acariciarme el pezón con la boca. Lo rodeó con la lengua, succionó con los labios y mordisqueó con cuidado. Eché la cabeza hacia atrás y traté de respirar.

Empujó con fuerza y me besó, susurrando mi nombre. No fue un beso muy largo, solo fue su manera de aliviar el dolor. Abrí los ojos y lo vi emocionado y con lágrimas en los ojos.

—Lo siento —susurró con voz ronca.

—Sigue... —Atrapé su rostro en mis manos y lo besé.

Nuestros cuerpos se movían arriba y abajo y su respiración se mezcló con la mía. El ritmo me dejó sin aliento. Sin embargo, me entregué por completo a su infierno desatado.

Chad me sonrió débilmente. Fue una sonrisa tímida y llena de complicidad. Mirándolo a los ojos acaricié su mejilla. Cerró los ojos en respuesta y me abrazó. Contuve una lágrima que podría haber sido de felicidad, pero no lo era. La tristeza que se instaló en mi corazón se agitaba en mi pecho. Sabía que al despertarme él ya estaría de nuevo perdido en su mundo oscuro.

—No estés triste, pequeño trasto. Nuestro amor es inmortal. Pronto estaremos juntos de nuevo.

Me dejé llevar por el cansancio y cerré los ojos, cediendo.

LA MIRADA DEL ÁNGEL

El ruido de ángeles gritando me golpeó con una fuerza que causó que abriera los ojos de golpe. Jadeé en estado de shock, las almas malditas se habían apoderado del reino del cielo y habían destruido todo lo que era sagrado.

Un movimiento repentino llamó mi atención y giré la cabeza.

—Buenos días, Vivian —expresó Xanus mientras escondía sus alas—. ¿Pesadillas?

—No lo sé. —Lo miré con preocupación—. ¿Todos están bien?

—De momento, sí.

Se acercó con una sonrisa en sus labios y miró la cama desordenada.

—Maravilloso encuentro, ¿verdad? —Enarcó una ceja.

—¿Qué? —Mis ojos se agrandaron—. No me digas que estuviste aquí todo el tiempo porque me dará un ataque de corazón.

—Llegué tarde. —Soltó una exhalación—. Pero tranquila, nunca haría algo así. Todos tenemos derecho a la privacidad y al respeto.

—Gracias. Aun así, me siento triste. Quiero salvarlo, pero no sé cómo hacerlo. —Me quedé mirándolo con expresión grave.

—Yo te ayudaré a revivir su corazón. Una vez que destruyas el inframundo, el Infierno dejará de existir.

—Mi madre está allí y...

—¿Puedo pasar?

Giré la cabeza y miré la puerta. Pasé las manos por mi cabello y me tapé hasta la barbilla.

—Sí —contesté con voz ahogada y miré de reojo a Xanus.

La puerta se abrió y la madre de Chad cruzó la habitación. Me dedicó una sonrisa maternal y se sentó en el borde de la cama.

—Hola, cariño. ¿Cómo dormiste?

—Bien, gracias. —Tragué saliva y desvíe la mirada—. ¿Se encuentra bien? Colton dijo que fue solo un susto.

—Estoy bien. El error fue mío, no sabía que las monedas lunarias no podían estar juntas. El tío de tu madre me dijo que sí y supongo que nunca lo dudé.

—¿Él que os había traicionado? —Cerré los ojos e intenté reprimir los recuerdos de la noche anterior.

Xanus gruñó y tiró algo al suelo. Abrí los ojos de golpe y miré a mi alrededor, asustada. El ruido lo había escuchado solo yo.

—Sí, el mismo —contestó ella y se puso de pie—. Últimamente estoy sintiendo una presencia extraña en esta casa. Es como si alguien nos está viendo ahora mismo.

—Yo no veo a nadie.

—Son tonterías mías, no me hagas caso. —Clavó la mirada en mi rostro—. Sin embargo, veo un cambio en ti. Te noto diferente, incluso tus ojos han cambiado de color.

—Eh... bueno, son los cambios que sufren mi cuerpo al recibir la bendición angelical.

—No mientas, Vivian —gruñó Xanus—. Tus ojos delatan tu mentira.

Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás.

—Intenta arreglarte un poco, abajo te esperan mis amigos —murmuró ella y escuché sus pasos alejándose—. Tienes que hablar con el guardián del Inframundo.

—Enseguida bajaré. —Mordí mis labios con fuerza.

Escuché la puerta cerrarse y abrí los ojos.

—¡Qué vergüenza! —Tapé mi rostro con las manos—. Dime que bloqueaste mis pensamientos.

—Lo hice, pero deja de recordar lo que pasó anoche. Yo también lo puedo ver y sentir.

—Lo siento. No puedo olvidarlo, fue hermoso y...

—Vivian —dijo con tono mordaz—. Levántate y céntrate en tu misión.

—Tápate los ojos —hablé despacio y en voz baja—. Estoy desnuda.

—Lo sé.

Suspiró con resignación y alzó las manos en el aire. Su cuerpo se evaporó, sin embargo, sentía su presencia en la habitación.

—Sigues aquí, Xanus. Esto no es justo.

—Tengo los ojos tapados.

—No te creo —gruñí—. Quiero verte.

—No sabes lo que me estas pidiendo. Si me vez será peor.

—¿Qué estás diciendo? Esto no es un juego de niños.

—No lo es, pero es mejor si no me ves.

—Pero tú a mi sí.

Envolví mi cuerpo en la sabana y me bajé de la cama con cuidado para que ninguna parte quedara al descubierto. Crucé la habitación envuelta en la suave tela de algodón hasta la puerta del baño.

—Quiero que te quedes aquí —advertí.

Abrí la puerta y pisé dentro. Una ráfaga de aire la empujó y se cerró detrás de mí. Suspiré y dejé caer la sábana al suelo. El espejo que había en la pared mostraba mi reflejo y me acerqué con cuidado. Mis ojos tenían un ligero color blanco brillante, eran vibrantes y frescos. Mi piel tenía marcas azules y moradas. No eran moretones, eran unos círculos perfectos. El color de mi pelo se había oscurecido y era mucho más largo. La madre de Chad tenía razón, mi aspecto había cambiado.

Recordé sus palabras y me alejé del espejo. Abigor podría estar viéndome ahora mismo. Giré sobre mis talones y solté una maldición. Había olvidado coger la ropa del armario.

La puerta se abrió un poco y mis ojos se agrandaron.

—Aquí tienes —dijo Xanus—. Están impacientes, Vivian. Tienes que bajar.

—Gracias.

Tomé la ropa y empujé la puerta con el pie. Llegó la hora de enfrentarme a ese guardián y engañarlo para conseguir el athame.

MIEDOS OCULTOS

Mis pensamientos estaban dispersos y, por mucho que intentaba darles un sentido, no lo conseguía. No sabía cómo hacer para que nadie se diera cuenta de que tenía que engañar a ese guardián solo para que me dejase su athame. Los padres de Chad querían utilizarlo para llegar al Inframundo, prometiéndole a cambio la libertad.

—Deja de pensar —dijo Xanus y se paró delante de mí—. Si sigues así no voy a poder bloquearlos por mucho tiempo y ellos se darán cuenta.

—No entiendo por qué no apareces delante de todos. No son malos, solo quieren salvar a mi madre. Soy yo quien tiene que destruir el Inframundo y matar a Abigor. —Le disparé una mirada sospechosa.

—Lo siento, pero no puedo decirte nada más ahora.

—Esto no ayuda.

Xanus se apartó de mi vista y miré las escaleras. Podía hacerlo, solo tenía que recordar el sufrimiento de Chad y el de mi madre. Lo hacía por ellos, por devolverles la vida robada.

Bajé los escalones de uno en uno y miré a mi alrededor. Las paredes estaban adornadas con obras de arte antiguas y la escalera era de mármol negra. Solo se escuchaban mis pasos indecisos y torpes, acompañados por los latidos frenéticos de mi corazón. No me gustaba ese silencio, me recordaba a mis pesadillas.

Deslicé mis dedos por la fría barandilla de hierro y dejé salir un suspiro.

Mis pies llevaron mi cuerpo hasta la sala de estar y cuando entré, todos levantaron la vista. Me miraban colectivamente, como si no dieran crédito a lo que veían.

La tensión en el ambiente era palpable. Me quedé mirando mis pies, rozando la alfombra con la punta de mi zapato, para disimular el nerviosismo.

—Vivian, quiero presentarte a mis amigos —dijo la madre de Chad y se acercó para agarrarme el brazo y llevarme con ella—. Estos son Danos, Artim y Melix.

Me paré delante de ellos y estiré una mano. La mujer me la estrechó de inmediato y aprovechó para analizar mis ojos.

Era una mujer de una extrema belleza incandescente con piel perfecta y cabello

rojizo. Sus movimientos eran seductores y su carisma fascinaba. El destello en su mirada de serpiente tenía el poder de consumir la energía de su víctima y eso le permitía mantener un aspecto joven y encantador.

—Soy Melix, demonio descendiente de Aradia, la hermana de Lucifer. —Se acercó un poco más y apretó mi mano—. Es increíble, estoy tocando un demonio celestial y no siento nada. Los ángeles te protegen. Sin embargo, deberías de tener cuidado. No todos son buenos.

Xanus gruñó y apareció delante de mí. Negó con la cabeza y tocó su pecho con la mano.

—No le hagas caso. Ella no sabe la verdad —dijo y retrocedió.

—Encantada de conocerte. —Mi voz se redujo hasta que apenas estaba murmurando las palabras.

—Disculpa a mi hermana —dijo el hombre que estaba a su lado—. Siempre es así de entrometida. Me llamo Artim, preciosa.

Se acercó y tomó mi mano. La llevó a sus labios y depositó un pequeño beso en los nudillos.

Su hermano era igual de atractivo, joven y alto. Tenía un gesto de crueldad en los labios que asustaba y una mirada horripilante.

—Eres hermosa y el color de tus ojos es único. Nunca había visto nada igual.

—Yo soy Danos —dijo el otro hombre—. Soy descendiente de Perséfone, la última reina del Inframundo.

Sentí una mano en mi hombro y giré la cabeza.

—Nosotros dos tenemos que hablar —susurró Colton y disimuló una sonrisa—. Y sabes muy bien por qué.

—Cariño, deja a Vivian tranquila —comentó Evelyn y tomó a su marido por el brazo—. Tenemos poco tiempo y ella tiene que saber el plan.

—Voy a bajar al sótano. Te espero allí, Vivian.

Dio la vuelta y abandonó el salón.

—Lo tenemos todo preparado, solo necesitamos la llave del Inframundo —comentó Melix—. Nosotros viajaremos hasta allí a través del espejo mágico y con la ayuda de ese guardián.

—La puerta la tienes que abrir tú. No puedes llevarte la llave contigo a través de los sueños —explicó Evelyn.

—Una vez que abras la puerta, nosotros iremos al templo y buscaremos la manera

de destruirlo —dijo Danos—. No es fácil entrar, pero como somos demonios sin alma, no habrá problema.

—Lo más difícil lo tendrán Colton y Evelyn. —Artim se acercó para quedar delante de mí—. Ellos no podrán verlo, el templo solo es visible para las almas malditas y para los demonios sin corazón.

—Haré todo lo que haga falta, pero este sueño es uno que no puedo soñar sola. La última vez que estuve allí, perdí mi alma y...

—No te preocupes cariño —expresó Evelyn—. Nuestros poderes estarán contigo en todo el tiempo. —Se quitó el anillo y tomó mi mano—. Este anillo es peligroso y en las manos de la persona equivocada puede ser un arma mortal para nosotros. Confío en ti y úsalo solo si es necesario.

—Si te colocas el anillo, dejarás de ser un ángel —dijo Xanus—. Tiene poderes demoníacos tan fuertes que absorberán a los tuyos.

—Gracias.

Guardé el anillo dentro del bolsillo de mis pantalones y me sentí de nuevo en alerta. Sentía las miradas intensas puestas en mí y las energías demoníacas de cada uno. Nunca había estado tan cerca de otros demonios y me sentía vigilada.

Eran amigos de los padres de Chad; sin embargo, no confiaba en ellos.

—Haces bien —dijo Xanus—. Ellos odian a los demonios como tú. Se sienten inferiores y desean tener un corazón vivo. En cualquier momento pueden rebelarse contra vosotros.

—Voy a bajar al sótano. —Mis labios dibujaron las palabras en silencio—. Colton me espera.

Necesitaba salir corriendo de ese lugar, era como si ellos intentaban meterse en mi cabeza y robar mi fuente de energía.

—Confía en mí, Vivian, y todo saldrá bien —aseguró Xanus.

—Lo haré —proclamé de inmediato y abandoné el salón.

SENTIMIENTOS EN BATALLA

Dudé antes de dar un paso más, nunca había estado en el sótano. Aspiré el aire fresco y miré a mi alrededor. Las paredes talladas en la piedra tenían grietas y manchas oscuras. Sonidos de gotas de agua me rodeaba y ecos de pájaros graznando se escucharon a lo lejos. Busqué con la mirada algún interruptor para encender la luz, pero no había ninguno. Mi colgante empezó a brillar y delante de mis ojos apareció una puerta humilde.

—Creo que es aquí.

Me sorprendí ante mi propio eco y agarré el pomo con determinación. Tras la chirriosa puerta encontré estantes plegados de libros y a simple vista no era más que una antigua biblioteca.

—Todos estos libros pertenecieron a mis padres. Ellos amaban la vida de los humanos.

Colton apareció delante de mí como por arte de magia y escondió las marcas de sus brazos. Paseó su mirada por mi cuerpo con detenimiento y mi corazón se aceleró.

—¿Está aquí ahora mismo? —Levantó una ceja en sincronía con su voz.

Un estremecimiento me recorrió la espalda, pero no desvié la mirada de aquellos ojos enfurecidos que buscaban a los míos.

—No sé de qué me hablas. —Hice un esfuerzo para sonreír.

—Deja de mentir, Vivian. Lo veo en tus ojos. —Dio dos pasos hacia delante y estiró una mano—. Desde hace unos días no puedo escuchar tus pensamientos. —Agarró un mechón de mi pelo y lo enredó en sus dedos—. Solo un ángel caído puede bloquearlos. —Su mirada echaba chispas—. Usaste las semillas mágicas y solo un ángel caído puede proporcionarlos, solo uno con alas negras.

—Él... bueno... —tartamudeé, retrocediendo un poco.

—Lo sé porque yo también soy uno. —Soltó mi pelo y cerró los ojos—. Y tuve las alas negras más hermosas y más poderosas que ningunas.

—¿Eres como él?

—Lo fui. —Abrió los ojos de golpe—. Hasta que me arrancaron las alas —dijo

con tono mordaz.

—Nos habías traicionado —gritó Xanus y apareció a su lado.

Lo agarró por el cuello y saltó en el aire. Sus alas se abrieron y volaron por encima de mi cabeza mientras intentaban pegarse.

—No lo hice —vociferó Colton con rabia—. Sin embargo, tú no dudaste en quitarme mis alas.

—Me mataste, me quitaste la vida y traicionaste nuestra amistad.

El fuego que salía de los brazos de Colton impactaba en el pecho de Xanus y lo empujaba hacia atrás en su vuelo. El susurro de sus alas pasó alto por encima de mí y me agaché.

—¡Colton, para! —grité; el pánico me estaba ahogando.

Mi vista escaneó la batalla de poderes entre esos dos ángeles caídos mientras buscaba una manera de pararlos. Metí la mano dentro del bolsillo de mis pantalones y saqué el anillo.

—Si no paráis, usaré el anillo. —Mantuve mi voz tan controlada como pude.

El cuerpo de Xanus voló por encima de mi cabeza y aterrizó detrás de mí. Me giré para mirarlo y vi que tenía una herida en su rostro que sangraba sin parar. Guardé el anillo y me agaché junto a él. Rompí un trozo de mi camiseta y lo presioné con fuerza en el corte. Gimió de dolor y agarró mi mano.

—No hace falta, dentro de unos minutos estaré como nuevo —dijo jadeando.

—Aléjate de él, Vivian.

—No lo haré. No quiero que os peleéis, Colton. Él nos puede ayudar a revivir el corazón de Chad.

—No necesito su ayuda. —Su voz salió rápida y apresurada—. Quiero que se vaya de aquí.

—No.

Me puse de pie y me volví para mirarlo. Sus marcas dejaron de brillar y sus puños volvieron a su tamaño real. Sin embargo, sus ojos seguían inyectados de sangre y me atemorizaban. Su poder era invencible y podría quitarle la vida a cualquier demonio a tan solo un latido de corazón.

Tenía la capacidad de moverse y viajar rápidamente. Manipulaba el tiempo en todas las direcciones y evocaba para controlar los elementos de la tierra. Podría escuchar los pensamientos y leer los sentimientos de todos. La capacidad que tenía de lanzar fuego y rayos mortales de energía era única y nadie más tenía ese poder.

Nos miramos el uno al otro, rodeados de silencio hasta que sus ojos dejaron de brillar.

—Ahora puedes leer mis pensamientos, ¿verdad?

—Puedo, Vivian, y no me gusta lo que escucho. Xanus no es de fiar.

—¿Y tus amigos sí? ¿En quién confías más?

—Xanus me traicionó...

—Y tú también lo hiciste. Robaste el San Grimorio y tenías pensado usarlo —bramó Xanus sin dejar de mirarlo.

—Te equivocas, viejo amigo. Quería destruirlo. Sabes que para conseguirlo tenía que tener tres plumas negras de diferentes alas. Necesitaba vuestro consentimiento y por eso entré esa noche en ese convento cuando estabais disfrutando del sueño celestial. No quería matarlos.

—No te creo —bramó Xanus.

Colton se acercó y agarró su mano. La colocó encima de su corazón y dijo un conjuro mágico. Su pecho empezó a brillar y una capa de oro bajó del techo y se colocó delante de ellos. Imágenes de él y de otros ángeles de alas negras aparecieron. Yo no entendía nada, sin embargo, Xanus parecía que sí porque su rostro se crispó.

—¿Por qué no dijiste nada? —Retiró la mano y las imágenes se esfumaron—. Te encerré y arranqué tus alas pensando que me habías mentido.

—No podía hacer nada. Lucifer me tenía controlado con sus hechizos. No era yo... —suspiró.

—Me mataste ese día —dijo Xanus.

—Fue él demonio que me controlaba. ¿Cómo resucitaste?

—Cuando un ángel de alas negras muere, solo su alma deja de existir. Ahora estoy deambulando por la tierra, no puedo volver al reino celestial.

—¿Por qué estás aquí?

—Fui nombrado por el arcángel Miguel para cuidar de Vivian y asegurarme que nada malo le pasará. —Me miró y sonrió con debilidad.

—¿Puedo confiar en ti?

—No te queda otra, me necesitas Colton. Estás rodeado de demonios malos y lo sabes. No entiendo por qué los dejas estar aquí en tu casa y tan cerca de Vivian.

—Si no lo hago, ellos usarán sus poderes para atraparnos. No son fieles de Abigor; sin embargo, quieren conseguir un corazón vivo y no puedo dejar que eso pase. He leído los pensamientos de Melix, ella quiere convertir a los humanos en

almas malditas. Quieren tomar el control de la tierra.

—Entiendo, ¿y cuál es tu plan? Te conozco bien y sé que algo estás tramando. —
Torció una sonrisa.

—Cuando cruzas el espejo, la única manera de volver es a través de un portal mágico. Solo yo lo puedo crear con la ayuda de las pulseras de Evelyn.

—Piensas dejarlos allí —murmuró Xanus.

—Quiero que el Inframundo deje de existir y quiero que ellos se queden atrapados en el Infierno. No quiero matarlos.

—Entiendo, el plan es bueno. ¿Qué pasará con Chad? Él está en el Infierno con Abigor.

El rostro de Colton se tensó en una mueca y me miró. Sus ojos cambiaron de color, parecían dos orbes dorados a punto de lanzarse hacia el exterior.

—Me estás asustando —dije apenas susurrando—. Dime que no es lo que me imagino.

—Temo que sí.

Pude sentir el pánico creciendo en mi pecho. Las lágrimas picaron detrás de mis ojos, sin embargo, no las dejé caer. Tomé una profunda respiración y cerré mis ojos. Tenía fe en mi poder.

—Iré a por él —dije con voz débil y abrí los ojos.

—Es peligroso, no puedes ir allí sola. Todos intentarán matarte. Iré yo —
manifestó Xanus con impaciencia.

—Pero... —susurré con una pizca de temor.

—No tengo alma y el San Grimorio me protegerá —proclamó con tanta convicción que empecé a asentir—. Voy a sembrar la destrucción, pero necesito mi athame.

—Xanus tiene razón. Ese libro lo protegerá y nadie podrá vencerlo —divulgó, pero no explico más.

—¿Dónde está el guardián del Inframundo?

Me pasé los dedos por el pelo y luego miré a mi alrededor con un suspiro de alivio.

—En la habitación de al lado —contestó Colton y frunció el entrecejo—. No lo vas a conseguir... —Hizo una pausa para mirar a Xanus—. El athame es su mayor tesoro. Sabe que es importante para los demás.

—Quiero intentarlo —dije con confianza, luego mis hombros se hundieron—.

Solo necesito que me bloqueéis los pensamientos.

UN GUARDIÁN SIN PODERES

La puerta se abrió ante mis ojos y me detuve, inclinándome contra la pared. Las vidrieras eran lo suficientemente grandes como para ver con facilidad gracias a la luz que entraba por ellas. Una abundante cantidad de telarañas y polvo cargaban el ambiente, y la respiración era costosa.

En el centro se encontraba la misma jaula que había visto en la casa de Chad. Su tamaño era inmenso y estaba rodeada por paneles de cristal que iluminaban el centro con una luz azulada.

—Recuerda que eres más inteligente que él —susurró Colton en mi oído—. Yo me voy, se quedará Xanus contigo.

Dio la vuelta y cerró la puerta detrás de él.

Metí la mano dentro del bolsillo de mis pantalones y saqué el anillo. Miré el rubí rojo color sangre y me armé de valor.

—Estaré a tu lado —murmuró Xanus y desapareció.

Caminé hasta la jaula y, cuando llegué delante de los paneles, golpeé las rejas de hierro con el anillo.

El guardián echó la cabeza hacia atrás y empezó a reír.

—Me necesitas, ¿verdad? Por eso me tenéis encerrado aquí.

Levantó una ceja mientras inclinaba la cabeza ligeramente, estudiándome. Minutos de tenso silencio pasaron.

—Te equivocas. Nadie te necesita, estás aquí porque quieren matarte —dije, encrespando en mis labios una mueca de desprecio.

—No lo harán, demonio celestial. No intentes engañarme. Ellos saben perfectamente que, si lo hacen, la tierra temblará y las almas de los mortales llegarán al Infierno.

—No tienes ningún poder aquí; sin embargo, yo podría ayudarte para recuperar tu corazón.

Giró la cabeza y sus viejos ojos se clavaron en los míos por un momento.

De repente me sentí volando por el espacio y empecé a ver imágenes de ángeles y demonios peleando.

Era la batalla final entre las fuerzas de la Luz y las de la Oscuridad. La lucha de poderes que había tenido lugar hace siglos en el reino del Cielo donde los ángeles eran inmortales. Los demonios habían querido conquistar la tierra y habían robado las almas de los humanos. Los arcángeles habían decidido empezar una guerra que había terminado a favor de ellos y habían salvado la tierra. Sin embargo, ninguna alma había llegado al Paraíso.

—En esa batalla perdí a mis padres. El arcángel Miguel y dos de sus ángeles de alas negras entraron en mi casa. Mis padres eran demonios sin poderes. Renunciaron a ellos para quedarse en la tierra y convivir con los humanos —habló, arrastrando las palabras.

—Tiene razón. —dijo Xanus—. La muerte de sus padres fue un accidente. Recuerdo aquel día...

—No lo sabía. —Retrocedí—. Quiero ayudarte.

—¿Por qué lo harías? Si salgo de aquí, llevaré a cabo mi venganza.

—Si te devuelvo el corazón podrías quedarte en la tierra y...

—¡No necesito un corazón! —rugió—. Quiero un baño de sangre. Quiero que el Cielo caiga y que el Infierno tome en control de los humanos. Llegó la hora de que los otros demonios salgan y se alimenten.

—No sabes de lo que estás hablando —susurré horrorizada—. Los humanos dejarán de existir.

—Veo que tienes el anillo; sin embargo, no te servirá de nada. Solo puede crear un vínculo con un demonio puro. Tú ya no eres uno... veo tus alas de color morado. Son preciosas y únicas, sin embargo, no tan fuertes como las de Abigor.

—¿Abigor?

—¿No lo sabías? Él tiene las alas de Colton. —Las palabras sonaron vibrantes entre sus dientes.

—¿Qué? —gritó Xanus y giré la cabeza—. Eso no es posible. Esas alas fueron encerradas en la cámara impenetrable. Pregúntale cómo las consiguió.

—Ya no tienes sentimientos por el hijo de Colton y él tampoco por ti. No sé si es un engaño o no, pero te ayudará a viajar al Inframundo. Pero no vas a conseguir destruirlo. Abigor es mucho más fuerte que tú.

—¿Cómo consiguió las alas? —Le devolví la mirada con valentía.

—Fue Azrael quien las robó, el legendario arcángel de la muerte.

Xanus maldijo en voz alta y abrió sus alas.

—Estamos en peligro —susurró él—. No tenemos más tiempo. Siento que los otros ángeles están muertos. Vuelvo esta noche.

Me miró a los ojos. Sus alas no se movieron, pero su pecho subía y bajaba con rapidez. Cerró los ojos y estiró sus alas para emprender el vuelo. Él desapareció y giré la cabeza.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó el guardián después de un rato—. ¿Qué necesitas?

—Yo... bueno...

No sabía si decirle que necesitaba el athame o mentir.

La puerta se abrió y una ráfaga de aire gélido me estremeció de arriba abajo.

—Evelyn quiere hablar contigo —dijo Colton y se acercó—. Aquí pierdes el tiempo. Él no quiere ayudarnos.

—Hay algo que deberías saber. —Lo miré a los ojos.

—Lo sé, Xanus me lo dijo. Hay cambios de planes. —Me agarró por el codo y me condujo hasta la salida.

—No lo vais a conseguir. No sin mi ayuda —chilló el guardián.

Emprendí una marcha silenciosa por el jardín con los padres de Chad. Ninguno hablaba y el ambiente era tenso por la situación que estábamos viviendo.

Abigor tenía las alas negras más poderosas del mundo y el guardián del Inframundo se negaba a ayudarnos. Mi madre seguía encerrada en la cueva y Chad había dejado de ser un demonio con sentimientos.

Una leve brisa movió ligeramente las hojas para dar paso a unas nubes grises y dejó un paisaje nostálgico.

—¿Recuerdas este árbol? —preguntó Colton y señaló el tronco seco detrás de mí.

Me di la vuelta para verlo y sentí tristeza por él. Algo dentro de mi corazón se agitó. Él era mi guardián y seguramente me había protegido por cientos de años; sin embargo, yo no tenía recuerdos.

—Sí, es un árbol guardián.

—Es más que eso, Vivian. Es un dragón blanco, el único que queda en este mundo. Solo tú puedes revivirlo y controlarlo. Puede tomar varias formas, ahora es un árbol, pero hace cincuenta años era el cuervo gris que aparecía todos los días en el poyo de tu ventana.

—Oh, recuerdo ese pájaro. Golpeaba el cristal con el pico para despertarme. —

Sonreí, sintiéndome un poco mejor.

—Él te ayudará a destruir el Inframundo. Sin lugar a duda es muy noble, pero en combate es muy agresivo. No obstante, raras veces llega a matar. Es un excelente cazador y puede congelar todo lo que se ponga a su alcance. Es poderoso en magia y puede pasar inadvertido —explicó Evelyn.

—Lo que le hace único es el amor que siente hacia las cosas y hacia sus protegidos. —Colton se apartó, dejando a la vista el círculo brillante.

—¿Qué tengo que hacer?

—Colocar tu mano en la marca y decir estas palabras: *luce tuetur*.

—¿Qué significan?

—Despierta y protege. Él sabrá que tienes que hacer para destruir el Inframundo. Tienes que conectar con él. Te dejaremos sola.

—Pero... ¿Qué pasará con esos tres demonios? —pregunté, dudando.

—No te preocupes por ellos. Nos ayudarán a encontrar el templo y buscaremos la fuente de energía para destruirla. Una vez que destruyas el Inframundo, puedes cruzar la puerta del Infierno sin tener la llave —comentó Evelyn.

—Tengo miedo...

—Es normal. Yo también estaba asustada cuando fui al Infierno. No estarás sola.

—Y no te preocupes por el athame. Usaré mi magia para dormir al guardián y lo robaré. Se quedará encerrado en esa jaula por el resto de su vida —añadió Colton.

—Eso es muy cruel.

—No lo es, Vivian. Sus planes eran malvados, quería matar a los humanos —murmuró él.

—Lo sé, supongo es un buen castigo.

—Mañana es el gran día, descansa. —Evelyn se acercó y besó mi mejilla—. Sueña con mi hijo, búscalo y dile que lo amas. Lo necesita.

—Lo haré.

Suspiré y parpadeé lejos el escozor en los ojos. Me acerqué al árbol y coloqué mi mano derecha encima del círculo que brillaba. Cerré los ojos y dije las palabras mágicas. Sentí un temblor bajo mis dedos y abrí los ojos. La corteza que lo cubría cambió de color. Era blanca y cubierta con escamas plateadas.

—¿Tienes nombre? —pregunté.

Retiré mi mano y el círculo dejó de brillar. Una luz azul bajó del cielo y cubrió el

tronco entero.

Vi alas blancas replegarse mientras desprendían una brillante radiación púrpura. Me sentí electrizada al instante y retrocedí. Una gigantesca figura de unos treinta centímetros con piel escamosa apareció delante de mí.

Agachó su cabeza y sus ojos azules buscaron a los míos.

—Mi nombre es Ziltan, dueña —habló y me asusté. Su voz era fuerte y profunda.

—No soy tu dueña.

—Te equivocas. Cuando naciste fui nombrado tu protector, tu guardián y eso te convierte en mi dueña.

Agitó la cabeza y abrió la boca. Sus dientes afilados brillaron y su aliento gélido me estremeció.

—Tenemos que ir al Inframundo.

—Donde tú vas, yo también voy. Solo tienes que llamarme. Dices mi nombre en voz alta dos veces y aparezco.

—¿Te quedarás en el jardín esta noche?

—Estaré debajo de tu ventana.

Estiró las alas y cubrió su cuerpo entero. Se convirtió en una bola gigante de cristal y empezó a rodear por el suelo hasta la casa.

Debía sentirme contenta por toda la ayuda que recibía, sin embargo, había un sentimiento de tristeza que se hacía presente para recordarme los sacrificios que hacían todos. Me senté en la hierba y miré el cielo estrellado. Mi madre decía que cada estrella era el alma de los humanos que llegaba al Paraíso y brillaba porque era feliz. Algunas de esas almas llegaron allí gracias a mí y a mis sueños.

Recordé las últimas palabras de Chad antes de irse y sonreí con tristeza entre lágrimas. Había dicho que pronto sería mi novio real y era lo que más deseaba. Quería ser suya durante una eternidad.

Un fugaz recuerdo de Chad dándome un beso en la mejilla se produjo en mi cabeza como una película. Giré la cabeza de inmediato. Se había sentido tan real. Toqué mi mejilla y limpié una lagrima de la esquina de mi ojo.

—¿Estás aquí, amor?

No hubo respuesta y eso me entristeció aún más. No sabía si su alma estaba a salvo.

ALMA TRISTE

Cerré los ojos con fuerza, necesitaba soñar. Apreté las semillas mágicas en mi mano derecha y empecé a hundirme en la oscuridad.

El aire frente a mi crepitó y una bola vibrante de luz estalló a mi derecha. Una estridente campana retumbó desde muy lejos y, después un fuerte crujido de trueno se desvaneció al instante.

Me quedé allí, demasiado asustada para moverme. Un olor a moho y a césped muerto llenó mis sentidos. Suspiré, no era la primera que ese olor intentaba transportarme a otro lugar. Era mi sueño y tenía que controlarlo.

Pensé en Chad y lo llamé por su nombre con la esperanza de verlo. Pero no fue así... Empecé a ver muertos, almas gritando y retorciéndose de dolor. Eché a correr. Las lágrimas bañaban mi rostro mientras miraba a mi alrededor asustada.

—¡Chad! —grité con todas mis fuerzas—. ¿Dónde estás?

De la nada, un campo lleno de flores apareció delante de mis ojos y cuando empecé a caminar, noté mis pies descalzos. Sentí dolor al pisar y, cuando miré el suelo, vi pequeños pinchos afilados llenos de sangre. Grité con todas mis fuerzas de dolor, pero no tuve tiempo de reaccionar, una ola gigante me arrastró con ella y me llevó en el medio de un océano de agua gélida. Empecé a nadar y nadar hasta cansarme. Parecía no tener fin y cuando dejé de mover mis manos, mis piernas empezaron a hundirse en una especie de barro líquido.

Parecía tragarme y traté de luchar, sin embargo, mi cabeza quedó cubierta por completo.

Fue entonces cuando sentí unas manos agarrándome por la cintura y un frío abatió mi espina dorsal. Respiré hondo e intenté controlar mi sueño, era una pesadilla y tenía que ahuyentarla. Imaginé el rostro de Chad y cuando abrí los ojos lo vi, encerrado dentro de una jaula gigante.

—¡Chad! —grité desesperada, pero no me escuchó.

Intenté acercarme a la jaula, pero a cada paso mío, ella se alejaba más.

Empecé a correr y cuando por fin toqué las rejas, respiré aliviada y me agarré con fuerza. La jaula empezó a girar y girar, pero no la solté.

Metí la mano dentro del bolsillo de mis pantalones y tomé las semillas mágicas. Me las comí y mi cuerpo empezó a sentir los cambios. Mis alas moradas, más amplias que nunca se extendieron y pararon con brusquedad el giro. La jaula tocó el suelo y dejó de moverse.

Doblé las alas y aterricé en el suelo. Miré la cerradura y me la imaginé abierta. Un rayo la atravesó y la puerta se abrió. Entré en la jaula y agarré a Chad por los hombros. La desesperación me inundó. No podía estar muerto.

—Vivian —murmuró con voz ronca y apagada.

El alivio inundó mi cuerpo mientras una sonrisa de alegría se deslizaba por mi cara.

—Amor... —susurré y lo abracé.

Las lágrimas chorreaban por mi cara en sollozos silenciosos. No quería soltarlo nunca más, quería quedarme en sus brazos para siempre.

—Vete de aquí, esto es una trampa. —Movié su cuerpo silenciosamente—. Oh, tus alas son radiantes—. Limpió una lágrima que se escapó por mi mejilla.

—No quiero abandonarte.

Mi respiración se descontroló y sentí una fuerte presencia detrás de mí.

—Vete, Vivian. No puedes salvarme. —Su cuerpo empezó a temblar—. Esto es un adiós.

—No digas eso. Van a salvarte, aguanta mi amor. —La tristeza se convirtió en pánico y apretó mi estómago.

—Sálvate. —Me empujó y se encerró en la jaula—. Corre y no mires atrás.

Me levanté del suelo y con vacilación empecé a retroceder. Los ojos de Chad encontraron a los míos y envió una palabra en mi mente: corre.

En un abrir y cerrar de ojos, la jaula desapareció.

—No, no... Vuelve.

Mis alas se extendieron y me levanté en el aire. Un rayo golpeó el suelo agrietado delante de mí creando un camino de llamas interminable. Todo a mi alrededor explotó y un dolor abrasador recorrió mi cuerpo entero.

Había muerto en mi sueño y lo único que escuché antes de que la oscuridad me atrapara fue el grito ensordecedor de Chad.

Mis párpados se abrieron con suavidad y dejaron que la inexistente luz penetrara mi pupila hasta la retina. Mi cabeza daba vuelta sin parar y mis labios no podían producir más que balbuceos.

Una lágrima escapó de mi control y se deslizó por mi mejilla; cayó en la sábana acto después. No tenía fuerzas para retirarla de mi rostro, al igual que no tenía para levantarme de la cama.

—Me mataron en el sueño —murmuré perpleja—. ¿Cómo es posible?

—He visto tu sueño. Las emociones debilitaron tus poderes.

La cama se movió y giré la cabeza sorprendida. Xanus me miraba con una expresión seria y afligida en su cara.

—Has vuelto —dije apenas susurrando y con pocas ganas.

—Te dije que volvería. —Colocó las manos en su cuello y tomó una profunda respiración—. Mis amigos están muertos. La cámara impenetrable para atrapar demonios ya no existe. Ahora, soy el único ángel de alas negras que queda en este mundo.

Su expresión era vulnerable y dolida; parecía estar tratando con desesperación de no derrumbarse.

—Lo siento mucho.

Cerró los ojos y miró hacia otro lado.

—Lo que viste en el sueño no es verdad. Chad no está encerrado en ninguna jaula.

—No sé qué creer, siento que lo perdí. Fue como una despedida.

Giró la cabeza y me observó con una extraña mezcla de emociones oscilantes en su cara. Era como si él entendiera lo que sentía y cuan afectaba estaba.

—Hace doscientos años conocí a una hermosa chica humana. Nosotros somos invisibles para ellos, pero ella tenía el don de verme. Me enamoré y eso la mató. Robaron su alma y la enviaron al Infierno. No pude salvarla, todo pasó por mi culpa, por enamorarme.

—No, Xanus. El amor no es fácil. Sin embargo, no necesita ser entendido. Es un sentimiento puro que mantiene vivo tu corazón para siempre. No podemos controlarlo, simplemente nace y nos aprisiona —suspiré—. ¿Qué pasó?

—Ella intentó protegerme en sus pesadillas y la mataron. Nunca abrió los ojos al día siguiente. Un ángel no necesita que alguien lo proteja, Vivian, igual que Chad. Es un demonio sin corazón ahora, no pueden matarlo.

En ese momento la puerta de mi habitación se abrió y Colton entró a grandes zancadas.

—Aquí tienes —dijo y abrió la mano.

Xanus se puso de pie y tomó el athame. Una delicada luz y dorada lo rodeó y se iluminó de una forma fraccionada.

—Gracias, ahora puedo usar mi magia. —Giró la cabeza para mirarme—. Lo traeré sano y salvo.

Chasqueó los dedos y desapareció.

—¿Estás bien? —preguntó el padre de Chad en voz baja y trémula.

—Tuve una pesadilla...

—No te preocupes. Ahora intentan engañarte, nada es verdad. Nos tenemos que preparar para el viaje.

VALENTÍA ESCONDIDA

Bajé las escaleras y me acerqué a ellos. Me miraban con un brillo extraño y aterrador en los ojos. Esos tres demonios escondían algo y eso no me gustaba. Oculté mis nervios y mi temor. Era lo único que podía hacer en ese momento, mi corazón latía desbocado en mi pecho y estaba segura de que ellos podían escucharlo. Un corazón vivo, uno que ansiaban tener.

—Aquí está nuestra heroína —dijo Melix con cierta envidia—. Necesitamos la llave del Inframundo.

Con manos temblorosas me quité el collar y miré la hermosa piedra de color morado. Llegó la hora de salvar a mi madre y recuperar el tiempo perdido.

—Nosotros cruzaremos el espejo, tú ya sabes lo que tienes que hacer —murmuró Colton cerca de mi oído—. Tu compañero te espera en el jardín.

Asentí con la cabeza y le di el colgante. Me acerqué a Evelyn y la abracé.

—Ten cuidado —susurré.

—Tú también. —Se apartó y tomó mi rostro en sus manos—. Todo saldrá bien. Una vez que destruyes el Inframundo, llegarás al Infierno —explicó de manera ominosa—. Estaremos allí para ayudarte y protegerte. No te dejaremos sola en esta lucha. Somos una familia.

Mientras permitía que sus hermosas palabras llegaran a mi corazón, recordé la pesadilla. Si había sido un engaño, no había conseguido su propósito. Chad seguía vivo en mi mente y nada me detendría de recuperarlo.

—Gracias.

Empecé a caminar y apreté los puños. No quería girar la cabeza, las miradas de esos tres demonios me debilitaban. Abrí la puerta de la entrada y los rayos brillantes del sol recorrieron mi rostro. Amaba la primavera, me recordaba que la vida siempre nos dejaba una segunda oportunidad para aprovechar el tiempo.

Hice cuidadosamente mi camino por el jardín hasta que vi a mi dragón guardián. Me paré frente a él y levantó la cabeza.

—El Inframundo nos espera, dueña —dijo, escrutando mis ojos.

—No sé cómo llegar hasta allí. Últimamente mis sueños son diferentes y no consigo controlarlos. —Las palabras brotaron de mi boca apresuradamente.

—El Inframundo te encontrará, tan solo tienes que cerrar los ojos y recordar esas tres puertas. Allí es donde tenemos que llegar. Recuerda, donde tú vas yo también voy.

Me senté en la hierba a su lado y metí la mano dentro del bolsillo de mi chaqueta. Tomé las semillas mágicas en mi mano y cerré los ojos con fuerza.

Un destello de memoria me llevó de vuelta a mi infancia y recordé el cuento que mi madre solía contarme por las noches.

Había una vez una princesa de ojos morados con un largo cabello rubio y sedoso. Era muy risueña y los tenía a todos embrujados por su aspecto angelical. Tenía un don especial y podía comunicar con los animales del bosque mágico. Sin embargo, había una persona malvada que quería matarla. Era el brujo Artim, que vivía en el mundo de más allá, donde todo había quedado calcinado tras la muerte de su esposa. Él quería revivir sus tierras y necesitaba hacer un sacrificio de sangre a su Dios. Tenía que entregar un alma inocente y especial. Pensó en la pequeña princesa risueña, ella era perfecta para llevar a cabo su malvado plan.

Para acercarse a ella tomó la forma de un cuervo con la ayuda de su magia. La pequeña princesa le habló y confió en él. Ese día el brujo la raptó y la llevó a su castillo. La mantuvo encerrada en una habitación oscura hasta que los llantos y los gritos de ayuda lo volvieron loco. La dejó salir y, sin darse cuenta, sus sentimientos empezaron a cambiar. Sintió lástima y tristeza por ella. La princesa se dio cuenta y aprovechó ese momento. Le habló con su melódica voz y le revivió el corazón envenenado por odio.

Me sequé las lágrimas y las palabras de mi madre vinieron a mi mente.

—No somos malos, Vivian, sin embargo, alimentamos nuestros sentimientos con el mal o con el bien. Si aprendemos a controlarlos y llevarlos por un buen camino, vencemos el mal.

Eso tenía que hacer, vencer el mal con el bien y a través de los sentimientos.

Nada se movía a mi alrededor, el aire estaba tranquilo y caluroso. Me encontraba delante de las tres puertas, había conseguido llegar al Inframundo. En un abrir y cerrar de ojos, una de las tres puertas se esfumó. Parpadeé unas pocas veces, sin embargo, nada pasó.

—Esto significa que tus amigos han abierto la puerta con tu llave. Están en el Infierno ahora mismo —explicó mi dragón guardián.

Sorprendida, me di la vuelta para verlo.

—¿Qué tengo que hacer? Aquí no hay nada.

—Te equivocas. Aquí se encuentra la fuente de energía que alimenta los tres mundos: el Inframundo, el infierno y el purgatorio. Si conseguimos apagarla, quedará solo el Infierno.

—Supongo que tenemos que buscarla.

—Así es. Usaremos nuestras alas para rastrear este lugar. Estas fuentes de energía están enterradas en cuevas y protegidas por dos bestias del infierno.

Me comí las semillas y mi respiración se atoró en mi garganta. Mi corazón tronaba en mi pecho y mis alas moradas se abrieron. Volé junto a mi guardián hasta que una luz intensa cegó mi vista.

—Allí está —graznó él y empezó a descender.

Desorientada, lo seguí muy de cerca y no descansé hasta que mis pies tocaron el suelo. Aterrizó a mi lado y el suelo se sacudió. Su tamaño había crecido considerablemente y sus brillantes escamas plateadas parecían cuchillos afilados.

—Sígueme.

Empezó a caminar, dejando una nube de polvo detrás.

—Para, Ziltan —ordené y moví las manos en el aire para poder respirar—. Déjame a mí delante.

Se apartó y sacudió la cabeza.

—Lo siento, dueña. —Agachó la cabeza.

—Tranquilo.

Acaricié el plumaje de sus alas y las sentí temblando. Era un ser increíble, único en el mundo y yo tenía el privilegio de tocarlo.

Se apartó y empecé a caminar. Saqué mi espada de serafina y miré con atención la entrada de esa cueva. Dos bestias gigantes estaban durmiendo delante y el molesto ronquido hacía que la tierra temblara. Mientras me acercaba, un extraño sentimiento de inquietud me atravesó. Contuve la respiración, el miedo me había atrapado.

—Creo que este es el momento perfecto para que veas lo que hace mi aliento.

Ziltan atacó sin reservas, escupiendo una llamarada de energía blanca en dirección a esas dos bestias. Replegando las alas, se lanzó de cabeza contra ellas y liberó con desespero un aliento gélido. Las bestias quedaron atrapadas en dos bloques de hielo gigantes.

—Ahora usa tu espada y mátalas —ordenó—. Recuerda que yo no puedo hacerlo.

Me levanté en el aire y clavé con fuerza mi espada en uno de los bloques. Se

partió en dos y una explosión de humo atrapó a esa bestia y la llevó lejos. Hice lo mismo con el otro cubo de hielo y grité de alegría.

—No cantes victoria, dentro hay más —expresó Ziltan con voz seria y gruesa.

Cuando entré en la cueva, un largo túnel descendió en suave pendiente, metiéndose en las profundidades de la tierra. Al instante, un fuerte viento se volvió violento, y me hizo girar antes de tirarme contra una inmensa roca.

Ziltan fue arrancado de mi lado. La fuerza del viento arrojó su cuerpo fuera de mi vista. Me empujé hacia adelante intentando alcanzarlo, pero un remolino me empujó hacia atrás. Alguien intentó separarnos y lo había conseguido. Tenía que salir de allí, tenía que buscar a mi dragón guardián. Me puse de pie y me cubrí con las alas mientras forzaba mis pies, pero a cada paso que daba, me retrasaba uno.

—¡Ziltan! —grité—. No me dejes sola.

—Lucha, tú puedes.

Respiré profundamente y levanté mi espada en el aire. Un rayo de luz impactó en el remolino y el ruido cesó. Me volví sobre mis talones para irme y me topé con Ziltan.

—Estás bien... —jadeé.

—Creo que ya sé dónde está la fuente de energía. Sígueme.

Mientras una ola renovada de energía me recorría, me enderecé y le sonreí confiada.

—Lo conseguiremos.

DESPERTAR EL INFIERNO

—Aléjate —dijo Ziltan con calma—. Puedo hacerlo, sin embargo, no puedo controlar la fuerza.

—No entiendo... —Recorrí la gruta con mis ojos—. Esto es demasiado fácil.

—Supongo que tienes razón, pero mejor aprovechamos la oportunidad y luego nos enfrentaremos a lo que venga.

El aire no soplaba ni giraba. Mi piel empezó a picar y mi respiración se quedó atascada en la garganta. Algo se aproximaba.

Ziltan abrió la boca y su gélido aliento cubrió la esfera de fuego que giraba sobre un círculo de luz verde. La esfera se congeló, no obstante, el círculo seguía brillante.

Rayos de varios colores salieron como lluvia de la esfera y explotó. La fuerza me empujó hacia atrás y mi hombro chocó con un muro de piedras. El dolor atravesó mi brazo, dejándome sin fuerzas. El suelo retumbó brutalmente, agrietándose, mientras llamas estallaban desde abajo. La maldad rozó mi piel e intentó atraparme en sus garras.

Me aparté de la pared y busqué con la mirada a Ziltan. Estaba rodeado por fuego e intentaba sin éxito apagar las llamas devoradoras.

—Tenemos que salir de aquí —grité con voz dura.

Mi dragón guardián se levantó en el aire y con sus alas, alejó las llamas. Una ráfaga de sombras negras pasó por encima de mi cabeza y cubrieron a Ziltan tan rápido como los ojos podían ver.

—¡No!

Abrí mis alas y volé hasta allí. Levanté la espada en el aire y una luz azul salió disparada hacia ese huracán de sombras. Irradió el lugar por completo y dejó un silencio ensordecedor.

Giré la cabeza y vi a Ziltan en el suelo. Doblé mis alas y mis pies tocaron el suelo.

—¿Estás bien? —Me acerqué a él con cautela.

—Estoy bien. —Se puso de pie y sacudió la cabeza. Las escamas susurraron y se

ondularon, soltando todo el polvo acumulado.

Cuando sus ojos se encontraron con los míos, dije:

—Vamos a salir, el Inframundo dejará de existir en segundos. —Guardé mi espada y miré hacia otro lado.

Lo había conseguido, sin embargo, sentía una fuerte presión en el pecho. Destruir en Inframundo había sido más fácil de lo que imaginaba, como si eso fuera lo que Abigor había planeado. Me quería en el Infierno, donde él tenía sus fieles y donde podía derrotarme con facilidad.

La cueva se cerró detrás de nosotros, y mi cuerpo se tensó. Un portal se abrió ante mis ojos y teníamos que cruzar hacia el otro lado. Respiré profundo y miré a mi alrededor. Las llamas se acercaban y el suelo comenzó a abrirse. Ziltan entró por el portal y lo seguí muy de cerca. Ya no había marcha atrás.

Elevé la mirada, se escuchaban gritos agonizantes, gritos de silencio y desgarradores de alma. Era un ambiente húmedo y caluroso.

—Tenemos que seguir, dueña.

Nuestras miradas se cruzaron. En la suya vi una llama de esperanza, de ilusión, y ganas por provocar de una vez la desaparición de Abigor. Merecía pagar por todo con su muerte.

—Vamos —susurré en silencio.

Comencé a caminar y desde mi posición podía contemplar en una difuminada lejanía, cientos de torres de piedra.

—Allí viven los demás demonios. Tenemos que cruzar ese lugar y no podemos llamar la atención.

—¿Cómo lo hacemos? —Mi aliento se detuvo y se aceleró—. Tengo miedo...

—Olvidas que tenemos poderes. —Giró la cabeza para mirarme—. La invisibilidad es uno de ellos.

—Ah, es verdad —expresé, sonando más nerviosa de lo que me hubiese gustado—. Usáramos ese poder —agregué.

UN ÁNGEL EN EL INFIERNO

—No te alejes mucho, camina a mi lado. Estos demonios no nos ven, sin embargo, pueden sentir nuestra presencia —susurró Ziltan.

Delante de nosotros aparecieron las torres y el ambiente lóbrego oprimió mi estómago provocándome náuseas al pensar siquiera en la idea de entrar a un lugar semejante. Allí habitaba la maldad, acompañada por las sombras y las almas más pérdidas. Tras aquel alboroto de demonios y muertos, se hallaba el templo de Abigor.

Un aire caliente golpeó mi rostro, cargado con olores nauseabundos y dejé de moverme.

—Hay demasiado movimiento, creo que los demás ya están aquí —murmuró Ziltan en voz baja.

—Que bien, así puedo ayudarlos.

—No, es mejor si te mantienes alejada. Tenemos que hacer lo que dijo Colton. Solo matar a Abigor.

—Pero, aquí está mi madre y Chad.

—Escúchame. —Dejó de caminar y giró la cabeza—. Nuestra misión es otra. Ellos se encargan de lo demás. Es peligroso para ti.

—Supongo que tienes razón —suspiré dolorosamente—. ¿Cómo lo encontramos?

—No te preocupes por eso, aparecerá.

Resoplé hacia él por tener razón como de costumbre y empecé a caminar de nuevo. Los gritos se hicieron más fuertes; eran caóticos y estridentes. Inundaron mis oídos de forma violenta y lo primero que vi fueron docenas de almas ardiendo. Estaban atrapadas en jaulas gigantes y el fuego los absorbía poco a poco y dejaba humo y ceniza en su lugar.

Tragué saliva y seguí caminando. Esos lamentos me destrozaban el corazón, y el dolor que ellas sentían lo sentía yo también. Apresuré mis pasos y me adentré en la ciudad fantasma. Mi garganta se estrechó cuando miré sobre mi hombro y vi demonios desorientados.

—Están sintiendo nuestra presencia. Apúrate —graznó mi dragón guardián.

Detecté en el aire su presencia, intensa y arrolladora. Alcé la mirada y Abigor se volvió hacia mí. Sus ojos rojos brillaron con una luz mortecina mientras un gruñido defensivo vibraba dentro de su pecho.

—Tu magia no sirve de nada, puedo verte. —Su voz era afilada y sus ojos ardían con cólera—. Estás aquí y es justo lo que yo quería. No me importa si tu madre está a salvo y tampoco si Chad volvió a la tierra. Te tengo aquí y no podrás salir. Mi plan funcionó.

—¿Qué plan? —pregunté con voz trémula y apreté mi espada contra mi pecho.

—Quería que vinieras aquí sola, sin ninguna otra ayuda. —Resopló con risa.

Sus palabras enviaron un escalofrío por mi espalda. Giré la cabeza hacia Ziltan y noté como la furia se apoderaba de él. Movía la cabeza y las alas sin parar. Su boca se abrió de una manera imposible y emitió un rugido agudo que retumbó en toda la ciudad.

—¿Crees que puedes vencerme, dragón? —Su voz se intensificó con sarcasmo—. No puedes matar.

—No obstante, puedo destruir todo lo que nos rodea.

Abrió sus gigantescas alas y se alejó volando. Empezó a escupir bloques de hielo, mientras que su aliento congelaba todo en su camino.

Mis ojos escanearon cautelosos. Tenía que cambiar el entorno para poder derrotarlo y tenía que invocar a mi imaginación.

Cerré los ojos con calma y pensé en mi madre y en el cariño que me había dedicado todos esos años, en el amor que sentía por Chad y lo mucho que deseaba volver a verlo.

—Vas a morir, ángel. —La amenaza sonó en su voz, pero mantuve mis ojos cerrados.

Algo golpeó mi pecho y mis pies se deslizaron hacia atrás por el suelo. Vino otro golpe y el dolor hizo erupción dentro de mí. Apreté la mandíbula y caí de rodillas.

—Tus poderes no tienen efecto. —La voz de Abigor se hizo eco desde el otro lado de mis ojos cerrados—. Soy más fuerte que tú y que cualquier otro ángel. Tengo las alas más poderosas y pienso destruir el mundo de los mortales.

Su poder estalló en mi cara y me envió volando a través del aire. Aterricé sobre mi hombro derecho lo suficientemente fuerte para gritar de dolor. Estaba cansada, él me había lastimado; sin embargo, podía sentir que la ira corría dentro de mí. Mi mente se desplazó de nuevo a través de los recuerdos y la energía vibró dentro de mi cuerpo. La fuerza celestial se había despertado y mi poder creció hasta cada remoto centímetro de mi piel, desesperado por liberarse. Esa sensación de frío y fuerza tan

conocida para mí me invadió. Divisé en lo más profundo de mi mente lo que quería conseguir y los planes no tardaron en dar frutos.

El tiempo se detuvo y escuché pájaros cantando. Abrí los ojos y lo que vi me fascinó. Un lugar lleno de magia y belleza se abrió ante mis ojos. Un gran río lleno de peces de colores cubría gran parte del sitio que estaba vislumbrando y miles de arbustos y flores de todos los tipos y tamaños adornaban sus orillas. Y a cada uno de sus lados, podían apreciarse pequeños montículos vallados con placas que parecían madera, pero que en realidad se trataba de enredaderas que, unidas, les daban forma.

El lugar era impresionante, sin embargo, no sabía qué hacer a continuación.

—¿Qué has hecho? —La voz chillona de Abigor rompió la magia del momento que se cernía sobre mí.

Me estremecí ante el sonido de su voz y giré la cabeza. Lo que vi me congeló al instante. Estaba enojado y de sus dedos salía fuego, fuego que empezó a rodearme. Alzó las manos en el aire y un remolino de humo se formó encima de mi cabeza.

Bajó las manos y fui lanzada al suelo. Ese torbellino había impactado en mi pecho y cubrió mi cuerpo con una red de llamas. Mi corazón pesaba por el miedo y mis alas empezaron a arder.

Con un grito agarré mi espada, pero Abigor colapsó contra mí y me fijó en el suelo. Empujó una daga en mi cuello y me miró con sus ojos salvajes.

—Los humanos obedecerán mis órdenes y el reino celestial dejará de existir —dijo con voz áspera.

Presionó la daga con más fuerza en mi garganta, cortando mi suministro de aire. Lo miré con los ojos muy abiertos y vi la sed de sangre bailando y chispeando en sus pupilas.

—No lo conseguirás, no te dejaré.

Una sombra pasó por encima de nosotros, y sonreí. Ziltan aterrizó a mi lado y rugió. Las plumas de sus alas brillaban en la luz del sol, nacaradas. Las dobló por encima de su espalda y se extendieron de par en par otra vez antes de volver temblorosamente a su cuerpo.

Abrió la boca y su aliento nos cubrió. El aire gélido congeló mi cabello y mi respiración quedó atascada en la garganta. Vi como Abigor intentaba presionar la daga en mi cuello, pero se había quedado inmóvil, cubierto por una capa de hielo.

—Sal de allí ahora mismo y usa tu espada —demandó mi guardián y se alejó.

Me retorcí de nuevo y salí de su agarre. Tomé la espada y la clavé en su espalda. Un fuerte trueno retumbó en el horizonte y el sol se hundió detrás de unas nubes grises que se acercaban con rapidez.

Los ojos de Abigor cambiaron de color y el rojo intenso que desprendían descongeló la fina capa de hielo. Saqué la espada y se la clavé de nuevo, doblando su cuerpo y presionarlo contra el duro suelo.

Una delicada luz blanca y dorada partió su cuerpo en dos. En un abrir y cerrar de ojos, lo que había quedado del rey del infierno desapareció en una grieta de electricidad.

—Ziltan... —murmuré y la última cosa que escuché fue el estallido delator de ese trueno, desgarrando el cielo y notificando al mundo que el infierno había dejado de existir.

EXPLOSIÓN EMOCIONAL

La luz del amanecer se coló por debajo de mis pestañas. No podía hacer que mis ojos permaneciesen cerrados ni por un segundo. Me sentía diferente, algo había cambiado... Recordé lo que había pasado y abrí los ojos de par en par.

—¡Ziltan!

Moví mis manos en el aire con desesperación. Mi vista era borrosa y apenas veía lo que había a mi alrededor.

—Tranquila, mi pequeña rosa —murmuró mi madre y acarició mi mejilla—. Estás a salvo, estamos bien todos.

—¡Mamá! —Las lágrimas brotaron de mis ojos y enterré mi cara en su pecho—. Perdóname, por favor...

—No llores, Vivian. —Me acuñó en su pecho—. Entendí porque te fuiste.

—Me bloquearon los recuerdos y...

—Lo sé, tranquila. Evelyn me contó todo. —Se apartó—. Deja de llorar, deberías estar feliz.

—¿Los demás? —Giré la cabeza y parpadeé—. No veo bien.

—Recuperarás tu vista estos días. La explosión dañó tus pupilas —explicó—. Lo importante es que estás bien y que nada malo haya pasado. Todos estamos bien.

—¿Dónde está mi dragón? —pregunté susurrando y froté mis ojos con delicadeza—. ¿Volvió?

—Está descansando en el jardín. —Besó mi frente—. Hay alguien más que quiere verte.

—Chad...

La cama se movió y escuché pasos acercándose.

—¿Chad? —Mis dedos agarraron la manta—. ¿Eres tú?

—Ese no es mi nombre —contestó con voz profunda.

Contuve el aliento y mi corazón se retorció por sus palabras. Estaba completamente petrificada. Tragué el nudo en mi garganta mientras los pensamientos

se arremolinaban, confusos, en mi mente.

—¿Quién eres? —Mis ojos buscaron su rostro.

—Soy tu novio, Vivian. —Me acarició la mejilla y una dulce debilidad inundó mi cuerpo—. Estaba bromeando, pequeño trasto.

—Me has asustado —declaré con cierto enfado.

—Me salvaste. Te estaré eternamente agradecido. Mi corazón volvió a la vida...

—¿Xanus? —Me aparté con brusquedad.

—¿De qué estás hablando?

—¿Dónde está? —pregunté, pero escuché silencio—. Contéstame.

—Él... bueno, se está recuperando.

—¿Qué pasó? Quiero saberlo. —Atrapé su brazo y tiré con suavidad—. Por favor.

—Una de sus alas se lastimó. —Colocó su mano encima de la mía—. Es posible que nunca más pueda volar.

—No, no... él me ayudó. Es mi amigo —declaré y mi voz se rompió.

Una lágrima fugitiva se deslizó por mi mejilla y la sequé con pesar. Mi cuerpo empezó a temblar y me deleité en el dolor.

—Vivian. —Me abrazó—. Gracias a él mi corazón late de nuevo en mi pecho. Es mi amigo también. Mi padre está intentando curarlo.

—No quiero que le pase nada. —Mis labios dibujaron las palabras en silencio.

—Intenta descansar un rato —murmuró con adoración y se apartó.

—No te vayas, no me dejes sola. —Tiré de su brazo con angustia.

—Me quedaré contigo.

Se estiró a mi lado y coloqué mi cabeza en su pecho.

—Todas las noches he soñado contigo. Me resultará extraño no verte en mis sueños —murmuré.

—Puedo hacer magia. —Besó mi frente—. Tan solo cierra los ojos y recibirás tu beso.

La esquina de mi boca se levantó y suspiré de felicidad.

—*Me gusta lo que veo. Es tan excitante* —murmuró Chad y cubrí mis pechos desnudos.

—*Deja de mirarme y deja de imaginar que no tengo ropa* —gruñí.

—Eres el ángel de alas moradas más hermoso que existe.

—No hay otro —dijo con sarcasmo.

—Estira las alas, quiero tocarlas.

—Tengo miedo. Xanus dijo que los demonios no pueden tocarlas. Cortaran sus dedos y...

—Me arriesgaré, este es un sueño.

—Abre los ojos, Vivian —dijo una voz muy lejana.

Traté de abrirlos, pero la luminosidad los quemaba y los cerré de nuevo.

—La luz... molesta —murmuré.

—Eso es bueno, significa que puedes ver.

Levanté mi cabeza y traté de sentarme.

—Oh, no... Quiero que te quedes en la cama —susurró Chad en mi oído—. El sueño me calentó y...

—No podemos. —Agité mis manos y abrí los ojos—. Tu cara... —Estiré la mano y recorrí su mejilla—. ¿Qué pasó?

—Piensas que soy feo, ¿verdad? —preguntó con preocupación.

—No, la cicatriz no es fea. Me gusta. —Sonreí—. Me gustas tú.

—Te quiero, pequeño trasto. —Se inclinó como si quisiera darme un beso, pero se enderezó en el último segundo—. En los sueños era yo quien te besaba cada noche...

—Aja y ¿qué sugieres? —Miré con intensidad sus labios.

Estábamos frente a frente, y solo nuestro aliento separaba nuestras bocas. Ninguna parte de nosotros se estaba tocando, pero vi su pecho subir y bajar al tomar una respiración profunda.

—Vivian —dijo, y acto seguido tomó mi boca entre sus labios.

Su beso fue suave y cuidadoso, casi inocente. La última vez que habíamos estado juntos, todo se había sentido caliente, sin embargo, esta vez era diferente. Sus labios rozaban los míos como si estuviera buscando algo, como si fuera lo único que necesitaba.

Tracé con mi lengua su labio superior hasta que él abrió la boca. Mi lengua buscó la suya, jugando y enredándose en un baile intenso. Sus manos se deslizaron por mi cuerpo y me perdí en el beso. Mi cuerpo estaba caliente y anhelaba sentir el suyo. El mundo a mi alrededor se desvaneció y apenas podía respirar.

Me sentía completa y feliz. Deseaba que aquel beso no se acabara nunca y quedarme para siempre en sus brazos. Había perdido la noción del tiempo por completo, solo fui consciente de mis jadeos y de sus caricias intensas. Un débil sonido brotó de mi garganta y sentí sus brazos fuertes rodeando mi cintura. El calor de nuestros cuerpos se combinó en una fusión de piel desnuda.

—Eres mi sueño hecho realidad —dije sonriendo.

—Y tú mi ángel terrenal más sensual que existe. —Presionó sus labios con los míos y me derretí en sus brazos.

EPÍLOGO

La luz del sol desaparecía tras las extensas cordilleras que se vislumbraban vagamente sobre las copas de los árboles más altos del hermoso parque. Ni una leve brisa acariciaba sus hojas, solo la respiración pesada de mi dragón guardián las movía de vez en cuando. La calidez del cielo anaranjado dejaba paso a una noche oscura y mágica.

Era el cumpleaños de Evelyn, la madre de Chad, y para celebrarlo, su marido había organizado una fiesta por todos los altos.

—Tenemos que entrar —dijo Chad y tendió su mano.

—El lugar es impresionante. —Me giré hacia él con mi corazón corriendo a mil por hora—. Estoy nerviosa y hay muchos humanos aquí.

—Estamos a salvo, Vivian. —Me apretó la mano. Bajó la mirada a nuestros dedos entrelazados, formando un ceño en su rostro—. Quien debería estar nervioso soy yo.

—¿Qué quieres decir?

Dejó escapar un suspiro y esbozó una leve sonrisa.

—Esta noche estás deslumbrante, más hermosa y sensual que nunca. Este vestido se ajusta a tu cuerpo de una manera muy llamativa y... y estoy celoso. —Su voz estaba teñida con un poco de humor.

—Sabes que tengo ojos solo para ti.

Asintió con la cabeza, y se aclaró la garganta tomándose su tiempo.

—Lo sé, y yo solo para ti, pero esta noche todos te mirarán y...

—Chad —susurré y él alzó la mirada—. ¿Qué te parece si nos escapamos?

—Leíste mis pensamientos. —Me miró directamente a los ojos—. Pero quiero bailar contigo.

—Un baile y nos vamos. —Una lenta sonrisa se apoderó de mis labios.

Chad me guio hasta la entrada y mis ojos escanearon el lugar con detenimiento. El salón era elegante. Las paredes se estiraban hasta un techo rojo oscuro. Las puertas y las ventanas estaban pintadas de un color dorado muy intenso y brillante. La

combinación de colores hacía que el lugar se sintiera acogedor y lujoso.

Las mujeres llevaban vestidos largos y los hombres vestían trajes negros. Era una hermosa fiesta y se veía que todos estaban contentos.

—Aquí está la pareja más hermosa de esta noche.

Giré la cabeza y encontré unos ojos verdes mirándome con ternura.

—¡Xanus! —Lo abracé y sentí la tensión evaporarse de mis hombros—. ¿Estás bien?

—Estoy perfectamente gracias a mi mejor amigo —respondió en un tono entrecortado—. Me dejas sin aire...

—Lo siento. —Me eché a reír y aflojé mi agarre—. Siempre olvido que tengo poderes.

—Estás preciosa —murmuró fijando su mirada en mí.

—Eso mismo le dije yo. —Chad me jaló hacia él y envolvió sus brazos alrededor de mi cintura.

—No quiero molestar —dijo Xanus y torció una sonrisa—. Nos vemos luego.

Se retiró en silencio y sentí el aliento de Chad en mi cuello.

—No tienes que ser tan protector conmigo.

—Me gusta serlo. —Besó mi mejilla suavemente, quemando mi piel.

Sentí mis rodillas como gelatina por un segundo y sabía que era por el efecto que tenían sus besos en mí.

Una canción empezó a sonar en todo el salón y las luces se apagaron.

—¿Qué pasa? —pregunté susurrando.

—Mis padres van a bailar.

Luces rojas y azules se encendieron, y los padres de Chad aparecieron de la nada.

Verlos bailar juntos sentí unas emociones que no podía explicar. Expresaban mucho amor a través de sus movimientos y mis ojos se llenaron de lágrimas. Eran lágrimas de alegría, de sentir la vida a través de ese encuentro lleno de amor y pasión.

—Te quiero, pequeño trasto —susurró Chad sin vacilar en lo más mínimo.

NOTA DE LA AUTORA

Letras, palabras, frases gritan y forman en mi imaginación historias.

Se puede decir que vivo dentro de mi mente, buscando y creando un mundo perfecto para mis lectores. No tengo límites para soñar... Me siento viva cuando río y lloro con los personajes que manejo con la magia de mis dedos.

Tardé en escribir este libro, pero con la ayuda de mi familia y mis amigos, el camino se hizo más corto.

Agradezco a todos ustedes que invierten su tiempo en leer esta novela.

**A veces no hay forma de escapar de lo que se siente.
La atracción entre ellos es innegable y la pasión
insaciable.
Ella le mostró cómo sentir. Él le mostró cómo amar.**



Vivian es un demonio celestial que salva a las personas indefensas atrapadas en el Inframundo. En sus sueños, ella puede ver a esas almas necesitadas y, con la ayuda de sus poderes, las libera.

Chad es el hijo de la mujer que salvó el mundo de los horrores del Infierno. Una mujer que tiene unos poderes inimaginables. Sus padres son los guardianes de los humanos, los únicos demonios que tienen un corazón vivo.

Todas las noches, él sueña con una mujer rubia de ojos morados que llora y que baña sus ojos en lágrimas de sangre.

Juntos descubren un gran amor, un amor capaz de sobrevivir a toda la maldad que el Infierno tiene preparado para ellos.

Alina Covalschi Nació el 29 junio 1982 en Rumania, aunque actualmente reside en Madrid.

Apasionada de la lectura y con una gran imaginación para crear historias.

Compaginando el trabajo con la escritura, escribió sus primeros libros en una conocida plataforma sumando actualmente treinta libros.

Su género favorito es el romance. Entre sus aficiones está dibujar, escribir, leer y viajar. Echa un vistazo a su página de Facebook para más información.